



ALONSO: Pues ¿un pícaro se atreve  
a suspirar hoy así?

MOSCATEL: Los pícaros ¿no tenemos  
alma?

ALONSO: Sí, para sentir,  
y con rudeza decir  
de su pena los extremos;  
mas no para suspirar;  
que suspirar es acción  
digna de noble pasión.

MOSCATEL: Y ¿quién me puede quitar  
la noble pasión a mí?

ALONSO: ¡Qué locuras!

MOSCATEL: ¿Hay, señor,  
más noble pasión que amor?

ALONSO: Pudiera decir que sí;  
mas, para ahorrar la cuestión  
que "no" digo.

MOSCATEL: ¿Que no? Luego,  
si yo a tener amor llego,  
noble será mi pasión.

ALONSO: ¿Tú, amor?

MOSCATEL: Yo amor.

ALONSO: Bien podía,  
si aquí tu locura empieza,  
reírme hoy de tu tristeza  
más que ayer de tu alegría.

MOSCATEL: Como tú nunca has sabido  
qué es estar enamorado;  
como siempre has estimado  
la libertad que has tenido,  
tanto, que en los dulces nombres  
de amor fueron tus placeres  
burlarte de las mujeres  
y reírte de los hombres;  
como jamás a ninguna  
quisiste, y más te acomodas  
a engañar, señor, a todas  
que hacer elección de una;  
como eres (en el abismo  
de amor jugando a dos manos,  
potente rey de romanos)  
mal vencedor de ti mismo,  
de mí te ríes, que estoy  
de veras enamorado.

ALONSO: Pues yo no quiero criado  
tan afectuoso. Hoy  
de casa te has de ir.

MOSCATEL: Advierte...

ALONSO: No hay para qué advertir.

MOSCATEL: Mira...

ALONSO: ¿Qué querrás decir?

MOSCATEL: Que se ha trocado la suerte  
al paso, pues siempre dio  
el teatro enamorado  
el amo, libre el criado.  
No tengo la culpa yo



pues nadie hizo miserable,  
de avaro y cobarde pecho  
al hombre, si no es amor.

JUAN: ¿Qué es lo que decís?

ALONSO: Oíd,  
y este discurso advertid;  
veréis cuál prueba mejor.

El hombre que enamorado  
está, todo cuanto adquiere  
para su dama lo quiere,  
sin que a amigo ni a criado  
acuda, por acudir  
a su gusto; luego es  
miserable amando, pues  
no es, ni se puede decir  
virtud, lo que no es igual,  
y miserable no ha habido  
mayor, que el que sólo ha sido  
con su gusto liberal.

Que hace osados es error,  
pues nadie contra su fama  
entra en casa de su dama  
que no entre con temor.

¡Cuántos cobardes han sido  
de miedo de no perdellas;  
cuántos, mirando por ellas,  
mil desaires han sufrido!

Luego, si gusto u honor  
hacen sufrir y callar,  
nadie me podrá negar  
que hace cobardes amor.

Pues si privan los sentidos  
los favores o desprecios,  
bien claro está que hace necios,  
puesto que hace divertidos;

pues que si se llega a ver  
o desdeñado o celoso  
el hombre más cuidadoso  
de lucir y parecer,

desde aquel punto se deja  
descaecer, sin acudir  
al parecer y al lucir,  
y sólo aliña su queja.

Luego amor en sus cuidados  
hace, con causas mudables,  
cobardes y miserables,  
necios y desaliñados.

Y en fin, sea así o no sea así,  
no quiero mozo que ama  
y que, por servir su dama,  
deje de servirme a mí.

JUAN: A vuestra sofistería  
nada quiero responder,  
don Alonso, por no hacer  
agravio a la pena mía

del amor; y si en su historia  
discurro, temo quedar

vencido, y no quiero dar  
yo contra mí la victoria.

A buscaros he venido  
para consultar con vos  
un pesar; mas viendo, ¡ay Dios!,  
que de mi amor ha nacido,  
le callaré, porque quien  
da a un criado tal castigo,  
mal escuchará a un amigo.

ALONSO: No escuchará sino bien;  
que no es todo uno, don Juan,  
ser vos el enamorado,  
o el bergante de un criado;  
que vos sois noble, galán,  
rico discreto y, en fin,  
vuestro es amar y querer;  
mas ¿por qué ha de encarecer  
el amor la gente ruín,  
y a quién no da enojo y risa  
que haya en el mundo (¡qué errores!)  
quien diga con hambre amores,  
y requiebre sin camisa?  
Y porque sepáis de mí  
que trato de un mismo modo  
burlas y veras, a todo  
me tenéis, don Juan, aquí.  
Salte allá fuera.

JUAN: Dejad  
que me escuche Moscatel,  
porque a vos os busco y a él.

ALONSO: Pues, proseguid.

JUAN: Escuchad:

Ya, don Alonso, sabéis  
cuán rendido prisionero  
de la coyunda de amor,  
el carro tiré de Venus,  
tan fácil victoria suya  
que no sé cuál fue primero,  
querer vencer o vencerme,  
que un tiempo sobró a otro tiempo.  
Ya sabéis que la disculpa  
de tan noble rendimiento  
fue la beldad soberana,  
fue el soberano sujeto  
de doña Leonor Enríquez,  
hija del noble don Pedro  
Enríquez, de quien mi padre  
amigo fue muy estrecho.  
Este, pues, milagro hermoso,  
este, pues, prodigio bello  
es la dicha que conquisto,  
es la gloria que deseo.  
No os digo que venturoso  
amante, ¡ay de mí!, merezco  
favores suyos, que fuera  
descortés atrevimiento

que los merezco decir;  
que aunque es verdad que los tengo,  
tenerlos es una cosa,  
y otra cosa merecerlos.  
Y así, que los tengo, digo;  
que los merezco, no puedo;  
que es conseguir lo imposible  
dicha, y no merecimiento.  
Con este engaño, llevado  
en las alas del deseo,  
lisonjeado de la noche,  
aplaudido del silencio,  
festejado de las sombras,  
a quien más favores debo  
que al sol, que a luz, que al día,  
vivo de saber que muero,  
hasta que más declarado  
pueda a rostro descubierto  
pedirla a su noble padre,  
de quien no dudo ni temo  
que me la dé, porque iguales  
haciendas y nacimientos,  
no hay que esperar, donde amor  
tiene hechos los conciertos.  
La causa de no pedirla  
y casarme desde luego  
con ella, es (aquí entra agora  
la pensión de este contento,  
el subsidio de esta dicha,  
y el azar de aqueste encuentro)  
tener Leonor una hermana  
mayor, y como no es cuerdo  
discurso querer que case  
a la segunda primero,  
no me declaro con él,  
porque si a pedirle llevo  
alguna de sus dos hijas  
(que claro está que no tengo  
de decir a la que adoro),  
por ser la mayor, es cierto  
que me ha de dar a Beatriz;  
y si digo que no quiero  
sino a Leonor, es hacer  
sospechoso mi deseo,  
despertando la malicia  
que hoy yace en profundo sueño,  
y quizá perder la entrada  
que agora en su casa tengo,  
si no es ya que está perdida  
con el más triste suceso  
de amor, que me pasó anoche,  
pues la pena con que vengo  
buscándoos... Oídme, que aquí  
os he menester atento.  
Beatriz, de Leonor hermana,  
es el más raro sujeto  
que vio Madrid, porque en él,

siendo bellísima, y siendo  
entendida, están echados  
a perder, por los extremos  
de una extraña condición,  
belleza y entendimiento.  
Es doña Beatriz tan vana  
de su persona, que creo  
que en su vida a ningún hombre  
miró a la cara, teniendo  
por cierto que allí no hay más  
que verle ella y caerse muerto;  
de su ingenio es tan amante  
que, por galantear su ingenio,  
estudió latinidad  
e hizo en castellano versos;  
tan afectada en vestirse  
que en todos los usos nuevos  
entra, y de ninguno sale.  
Cada día por lo menos  
se riza dos o tres veces,  
y ninguna a su contento.  
Los melindres de Belisa,  
que fingió con tanto acierto  
Lope de Vega, con ella  
son melindres muy pequeños;  
y con ser tan enfadosa  
en estas cosas, no es esto  
lo peor, sino es hablar  
con tan estudiado afecto  
que critica impertinente  
varios poetas leyendo;  
no habla palabra jamás  
sin frase y sin rodeos;  
tanto que ninguno puede  
entenderla sin comentario.  
La lisonja y el aplauso  
que la dan algunos necios,  
tan soberbia, tan ufana  
la tienen que, en un desprecio  
de la deidad del amor,  
comunera es de su imperio.  
Este tema a todas horas,  
este enfado a todos tiempos  
aborrecible la hacen  
tanto, que no hay dos opuestos  
tan contrarios como son  
las dos hermanas, haciendo  
por instantes el estrado  
la campaña de su duelo.  
Ha dado, pues (yo no sé  
si es necia envidia o si celo),  
en asistir a Leonor,  
de suerte que no hay momento  
que no ande al alcance suyo,  
sus acciones inquiriendo  
tanto que al sol de sus ojos  
es la sombra de su cuerpo.

Anoche, pues, en su calle  
entré embozado y secreto,  
y, haciendo al balcón la seña  
donde hablar con Leonor suelo,  
la ventana abrió Leonor,  
y yo a la ocasión atento  
llegué a hablarla; pero apenas  
la voz explicó el concepto  
que estudiado y no sabido  
no me cabía en el pecho,  
cuando tras ella Beatriz  
salió, y con notable estruendo  
la quitó de la ventana,  
dos mil locuras diciendo,  
que si yo entendí el estilo  
con que las dijo, sospecho  
que fueron que ella a su padre  
diría el atrevimiento.  
No sé si me conoció,  
y así cuidadoso temo  
el saber o no saber  
en qué ha parado el suceso,  
por cuya causa no voy  
a visitarle, temiendo  
su enojo; pero tampoco  
a dejar de ir me resuelvo,  
porque si acaso ha llegado  
a su noticia mi intento,  
la vida del dueño mío  
no dudo que corra riesgo.  
Y así, porque en irme o estarme  
hay peligro, elijo un medio,  
que es enviar este papel  
disimulado y secreto,  
que aun no va de letra mía,  
para cuyo efecto quiero  
a Moscatel que le lleve,  
valiéndose de su ingenio,  
y se la dé a Inés, criada  
de Leonor, porque no siendo  
conocido por criado  
mío, no hay que tener miedo.  
Y así que le deis licencia,  
don Alonso, es lo que os ruego,  
y que conmigo en la calle  
os halléis, porque si llego  
a saber que está Leonor  
en peligro, estoy resuelto  
a sacarla de su casa  
aunque todo el mundo entero  
lo estorbe; y para esta acción  
he elegido el valor vuestro.  
Mi amigo sois, don Alonso,  
y bien conocido tengo  
que las burlas del buen gusto  
son las veras del acero.  
No como amante os obligo,



no como amigo os pretendo;  
como caballero, sí,  
pues basta ser caballero  
para que a un hombre valgáis  
que está a vuestras plantas puesto.

ALONSO: Moscatel, ese papel  
toma; en casa de don Pedro  
Enríquez, con la invención  
que te ofreciere tu ingenio,  
entra, y dale a esa criada  
que ha dicho don Juan.

JUAN: ¿Tan presto  
lo dispones?

ALONSO: Si ha de ser,  
¿cuánto es mejor que sea luego?  
Toma el papel; con nosotros  
ven.

MOSCATEL: (Aunque aquí temer puedo **Aparte**  
el peligro, pues Inés  
--que es de mis sentidos dueño--  
es la que voy a buscar,  
amor me dé atrevimiento.

ALONSO: Guiad agora hacia la calle.

JUAN: (¡Qué amigo tan verdadero!) **Aparte**

ALONSO: (¡Qué amores tan enfadosos!) **Aparte**

"Sí me oyeron, no me oyeron."  
¡Bien haya yo, que en mi vida  
he enamorado con riesgo,  
sino dama a todo trance,  
sino moza a todo ruedo,  
que a la primera visita  
llamo recio y hablo recio!  
Y el haber en mí o no haber  
o temor o atrevimiento  
no consiste en más razón  
que haber o no haber dinero.

**Vanse por una puerta y salen por otra**

JUAN: Ésta es la calle. Porque  
no nos vean, estaremos  
en algún portal mejor.

**Salen don LUIS y don DIEGO, y pasan quitándose los  
sombreros**

ALONSO: Decís bien; mas ¿quién son éstos  
que parece que la casa  
de Leonor miran atentos?

JUAN: Éste es un don Luis Osorio,  
a quien muy continuo veo  
en la calle aquestos días,

y ha dado, ¡viven los cielos!,  
en cansarme.

ALONSO:                   Pues ¿hay más  
de que también le cansemos  
nosotros a él?

JUAN:                    Dejadle,  
que no es de estas cosas tiempo.  
Pasemos de largo, y no  
demos qué decir.

ALONSO:                Pasemos,  
aunque con tantas figuras  
pueda ser hombre.

**Vanse don LUIS y don DIEGO**

JUAN: [a MOSCATEL]                   Tú luego  
darás la vuelta, y darás  
el papel a Inés.

MOSCATEL:                Me temo...

JUAN:                No hay qué temer, que aquí estamos  
a la vista. Éntrate presto.

**Vanse don JUAN, MOSCATEL, y don ALONSO, y salen don LUIS y don DIEGO  
por  
la otra puerta, mirando a las ventanas**

LUIS:                Ésta es la capaz esfera,  
éste el abreviado cielo  
de la más bella deidad  
y del planeta más bello  
que vio el sol desde que nace  
en joven golfo de fuego  
hasta que abrasado muere  
en cana hoguera de hielo;  
y con ser tal su hermosura,  
en ella ha sido lo menos,  
porque pudiera ser fea  
en fe de su entendimiento.

DIEGO:                Y en fin, ¿mujer tan discreta  
servís para casamiento?

LUIS:                Por conveniencia y amor  
la sirvo y la galanteo,  
para cuyo efecto ya  
han de tratarlo mis deudos.

DIEGO:                Pues no sé si lo acertáis.

LUIS:                ¿Por qué no, si en ella veo  
virtud, hacienda y nobleza,  
gran beldad y gran ingenio?

DIEGO:                Porque el ingenio la sobra;  
que yo no quisiera, es cierto,  
que supiera más que yo  
mi mujer, sino antes menos.

LUIS:                Pues ¿cuándo el saber es malo?

DIEGO:                Cuando fue el saber sin tiempo.  
Sepa una mujer hilar,

coser y echar un remiendo,  
que no ha menester saber  
gramática, ni hacer versos.

LUIS: No es ejercicio culpable  
donde es tan noble el exceso  
que no tiene inconveniente.

DIEGO: Ni yo que le tenga pienso,  
pues antes sé lo contrario  
del rigor y del desprecio  
con que os trata.

LUIS: Ese desdén  
adoro. La vuelta demos  
a la calle; no otra vez  
pasen esos caballeros  
que ya miro con cuidado.

DIEGO: Vamos, pues.

LUIS: ¡Hermoso centro  
de la ingratitud que adoro!  
Presto a tus umbrales vuelvo,  
porque el galán que en la calle  
de su dama a todos tiempos  
no vive, violento vive,  
bien como vive violento  
el pez fuera de las ondas,  
el ave fuera del viento,  
fuera de la tierra el bruto,  
el rayo fuera del fuego,  
la flor fuera de la rama,  
la voz, fuera del aliento,  
fuera del alma la vida,  
y el alma fuera del cielo.

**Vanse, y salen LEONOR e INÉS, criada**

LEONOR: ¿Está mi hermana vestida?

INÉS: Tocándose ahora quedó,  
y por no pudrirme yo  
de ver cuán desvanecida  
pide uno y otro consejo,  
a su espejo la dejé.

LEONOR: ¡Qué necio con ella fue,  
a todas horas, su espejo!

INÉS: ¿Cómo necio?

LEONOR: ¿No lo es  
quien a gusto en un pesar  
no sabe un consejo dar  
a quien se le pide, Inés?  
Pues si Beatriz le ha pedido  
mil consejos cada día,  
y a tan continua porfía  
nunca a gusto ha respondido,  
muy necio es.

INÉS: Ahora reparo  
la causa.

LEONOR: ¿Cuál puede ser?

INÉS: No se deben de entender,

porque ella habla culto, él claro;  
y así se están todo el día  
porfiando los dos.

LEONOR:                                 ¡Quién fuera  
tan feliz que no tuviera  
más cuidado!     ¡Ay, Inés mía,  
con cuánto temor estoy  
de que aquestas melindrosa,  
esta crítica enfadosa,  
a mi padre cuente hoy  
lo que anoche me escuchó  
al balcón hablar!

INÉS:                                 Supuesto  
que haber salido hoy tan presto  
mi señor de casa, dio  
lugar para prevenir  
el lance, y que no ha tenido  
tiempo de haberlo sabido,  
procuremos desmentir  
su malicia con alguna  
invención.

LEONOR:                                 Ya he imaginado  
y digo que no he hallado  
a propósito ninguna,  
porque ¿cómo la he de hallar,  
si ella misma quién vio, fue,  
a don Juan?

INÉS:                                 Lo que se ve  
es lo que se ha de negar,  
con brío y con desenfado,  
procurando deshacerlo;  
lo que no llegan a verlo,  
señor, se está negado.

LEONOR:                                 El medio ¡ay de mí! mejor  
que me ofrece el pensamiento  
es, Inés, con rendimiento,  
dueño hacerla de mi amor,  
de mi empleo y mi esperanza,  
pues es hacer en efeto  
puerta de hierro a un secreto  
el hacer de él confianza.

INÉS:                                 Y eso es lo que sucedió  
a un galán que enamoraba  
una dama donde estaba  
un clérigo que los vio.  
El clérigo no tenía  
en materia del callar  
buena fama en el lugar  
y viendo el riesgo que había  
de que a todos lo dijese,  
haciendo del ladrón fiel,  
se fue a confesar con él  
porque hablarlo no pudiese.

LEONOR:                                 Eso mismo intento yo.

INÉS:                                 Sí, pero esta santa liga  
a los clérigos obliga  
pero a las clérigas, no.

LEONOR:       Pues, ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!  
              Inés, si esta industria sola  
              es la que me queda?

**Sale BEATRIZ con un espejo, mirándose en él**

BEATRIZ:                               ¡Hola!  
              ¿No hay una fámula aquí?  
INÉS:                                 ¿Qué es lo que mandas?  
BEATRIZ:                               Que abstraigas  
              de mi diestra liberal  
              este hechizo de cristal  
              y las quirotecas traigas.  
INÉS:                                 ¿Qué son quirotecas?  
BEATRIZ:                               ¿Qué?  
              Los guantes. ¡Que haya de hablar  
              por fuerza en frase vulgar!  
INÉS:                                 Para otra vez lo sabré.  
              Ya están aquí.  
BEATRIZ:                               ¡Cuánto lidio  
              con la ignorancia que hay!  
              ¡Hola Inés!  
INÉS:                                 ¿Señora?  
BEATRIZ:                               Tray  
              de mi biblioteca a Ovidio,  
              no el Metamorfosis, no,  
              ni el Arte amandi, pedí,  
              el Remedio amoris, sí,  
              que ése le investigo yo.  
INÉS:                                 Pues ¿cómo he de conocer  
              libro, si es que eso has pedido,  
              si aun el cartel no he sabido  
              de una comedia leer?  
BEATRIZ:                               Oscura, idiota y lega,  
              ¿no te medra cada día  
              la concomitancia mía?  
LEONOR:                               (Agora mi papel llega). Aparte  
              Hermana...  
BEATRIZ:                               ¿Quién me habla así?  
LEONOR:                               Quien a tus pies obediente  
              viene a arrojarse.  
BEATRIZ:                               Deténte;  
              no te aproximes a mí,  
              que empañarás el candor  
              de mi castísimo bulto,  
              y profanarás el culto  
              de las aras de mi honor;  
              porque mujer que fió  
              del caos de la sombra fría  
              y, en descrédito del día,  
              nocturno amor aceptó,  
              no mirar consiga atento  
              mi semblante a voz profana,  
              pues víbora será humana  
              que con su, inficione, aliento.  
LEONOR:                               Beatriz discreta y hermosa,

mi hermana eres.

BEATRIZ: Eso no,  
que tener no puedo yo  
hermana libidinosa.

LEONOR: ¿Qué es libidinosa, hermana?

BEATRIZ: Una hermana que al farol  
trémulo, virrey del sol,  
osa abrir una ventana,  
y, susurrando por ella  
a voz media y labio entero,  
da qué decir a un lucero,  
da qué callar a una estrella.  
Pero yo minoraré  
el escándalo que has hecho,  
diciendo al paterno pecho  
sacrilegios de tu fe.  
Un devoto anoche vi...

LEONOR: ¿Y conocístele?

BEATRIZ: No,  
ni pudo ser, porque yo,  
¿Qué másculo conocí?

LEONOR: Pues yo te quiero decir  
quién era, y con el intento  
que me habló.

BEATRIZ: ¡Qué atrevimiento!  
¿Tal insulto había de oír?

LEONOR: Pues aunque oírlo no quieras,  
lo has de oír, porque también  
no está a mi decoro bien  
que tú con locas quimeras  
te persuadas a que ha sido  
liviandad lo que honor fue.

BEATRIZ: ¿Honor?

LEONOR: Oye.

BEATRIZ: No daré  
direto a tu voz mi oído.

LEONOR: Pues direto o no direto,  
todo has de escucharlo ya.

BEATRIZ: Oído por fuera, será  
clandestino tu secreto,  
y no puedo error tan mucho  
cometer.

LEONOR: Si hablando estoy...

BEATRIZ: Aspid al conjuro soy;  
no lo escucho, no lo escucho.

**Vase BEATRIZ**

LEONOR: ¡Oye!... Mas ¿quién ahí ha entrado?

INÉS: A mi señor buscar.

LEONOR: Mira quién es, mientras va  
mi desdicha y mi cuidado  
siguiendo una fiera.

**Vase LEONOR y sale MOSCATEL**

MOSCATTEL: (Amor, **Aparte**)  
 ;qué cobarde eres conmigo,  
 pues aun no valen contigo  
 las leyes de embajador!)

INÉS: ¿Es posible que has tenido,  
 Moscatel, atrevimiento  
 de entrar hasta este aposento?

MOSCATTEL: Sin saber qué me ha movido  
 a haber entrado hasta aquí,  
 rigor es anticipado...

INÉS: Pues ¿no basta haber entrado?

MOSCATTEL: Sí y no.

INÉS: Pues ¿cómo no y sí?

MOSCATTEL: No, pues no sabes a qué;  
 sí, pues enojada estás;  
 no, pues presto lo sabrás;  
 sí, pues tarde lo diré;  
 y aunque pude haber venido  
 de tu hermosura llamado,  
 traído de mi cuidado  
 y del tuyo distraído,  
 a darte aqueste papel  
 vengo, que don Juan me envía,  
 ya que a mi cuidado fía  
 lo que a Leonor dice en él;  
 que por no ser conocido  
 por criado suyo yo,  
 con el papel me envió  
 si ya la causa no ha sido  
 conocer de mi dolor,  
 saber de mi mal severo,  
 que de amor no es buen tercero  
 el que no sabe de amor.

INÉS: Pues di que el papel me diste  
 y que a Leonor le daré;  
 y vete presto, porque  
 temerosa, ¡ay de mí triste!,  
 de que Beatriz...

MOSCATTEL: Yo me iré;  
 que aunque adoro tu presencia,  
 las leyes de tu obediencia  
 tan constante observaré  
 que a precio de su rigor  
 compraré el desprecio mío,  
 y a costa de tu desvío  
 mereceré tu favor.

INÉS: Bien pudiera responderte  
 que tan ingrata no he sido  
 como te habré parecido;  
 pero tiéneme de suerte  
 el temor de verte aquí  
 que dejo para después  
 la respuesta. Vete pues,  
 que tiempo... Mas ¡ay de mí!,  
 mi señor por la escalera  
 sube. Aquí no me ha de hallar,  
 viéndote conmigo hablar.

Vase corriendo INÉS, y sale don PEDRO, viejo

MOSCATEL: Oye, aguarda, escucha, espera.  
PEDRO: ¿Quién ha de esperar y oír?  
¿Quién aguardar y escuchar?  
MOSCATEL: Quien me tuviere que hablar  
o yo tenga que decir.  
PEDRO: ¿Qué hacéis aquí?  
MOSCATEL: ¿Qué he de hacer?  
¿Ya vos no lo estáis mirando?  
PEDRO: ¿Qué no habláis?  
MOSCATEL: Estoy pensando  
lo que os he de responder.  
PEDRO: ¿Qué buscáis?  
MOSCATEL: ¡Que aquesto pase!  
A quien sea mi homicida.  
PEDRO: ¿Por qué?  
MOSCATEL: Porque yo en mi vida  
hallé cosa que buscase.  
PEDRO: ¿Quién sois?  
MOSCATEL: Habéis preguntado  
en propios términos hoy.  
Un criado honrado soy,  
si hay un honrado criado.  
PEDRO: ¿A quién servís?  
MOSCATEL: No serví,  
aunque criado me llamo.  
PEDRO: ¿Cómo no?  
MOSCATEL: Como mi amo  
es el que me sirve a mí.  
PEDRO: Ya es mucha bellaquería  
hablarme de esa manera,  
y ya más plazo no espera  
la justa cólera mía.  
MOSCATEL: (Malo va esto, ¡vive Dios! **Aparte**  
Si me da con algo aquí,  
¡miren qué se me da a mí  
que en la calle estén los dos!)

PEDRO: Quién sois me habéis de decir,  
qué queréis y qué buscáis,  
y a qué en esta casa entráis,  
o en ella habéis de morir  
a mis manos.

MOSCATEL: Si firmado  
habéis la sentencia ciego  
con "ejecútese luego,"  
yo soy Moscatel, criado  
de un don Alonso de Luna.

Salen al paño don JUAN y don ALONSO

JUAN: Pues está allí Moscatel,



y vimos entrar tras él  
a don Pedro, mi fortuna  
no espera más.

ALONSO: Yo dispuesto  
a cuanto suceda estoy.  
A tomar la puerta voy.

PEDRO: Proseguid.

### Llega don JUAN

JUAN: Señor, ¿qué es esto?

MOSCATEL: Eso sí.

PEDRO: (Forzoso es ya **Aparte**  
reportarme). Este hombre hallé  
aquí. Qué busca, no sé.

JUAN: ¿No? Pues él nos lo dirá,  
o a aqueste acero rendido  
morirá.

MOSCATEL: ¡Bueno!

### [a MOSCATEL]

JUAN: (Algo di,  
Moscatel, que importa así.

MOSCATEL: (¡Buen socorro me ha venido!) **Aparte**

Un hombre busco, y no hallando  
nadie que me respondiera,  
de escalera en escalera  
me fui poco a poco entrando,  
sin ver a quién preguntar;  
hasta esta parte llegué,  
donde una doncella hallé  
(la verdad en su lugar); **Aparte**  
pensando que era ladrón,  
huyó de mí, y a ella era  
el "escucha, aguarda, espera."

JUAN: Bien puede tener razón.

PEDRO: (Aunque no estoy satisfecho **Aparte**

de que me diga verdad,  
fuera necia liviandad  
de mi espada y de mi pecho  
saber don Juan que he tenido  
otra sospecha; y así  
fingir me conviene aquí  
que su disculpa he creído,  
porque menos recatado  
le pueda después seguir,  
saber quién es, y salir  
de una vez de este cuidado).  
Pues, si venís a buscar  
un hombre, ¿por qué os turbó  
el verme a mí?

MOSCATEL: Porque yo  
soy muy fácil de turbar.

JUAN: Ea, id con Dios.

MOSCATEL:                      Que a los dos  
                                  guarde.

[a MOSCATEL]

JUAN:                     A don Alonso di  
                                  que se quite luego de ahí.

Vase MOSCATEL

PEDRO:                    Don Juan, luego vuelvo. Adiós.

JUAN:                     ¿Dónde vais?

PEDRO:                    Vuelvo a buscar  
                                  unas cartas que perdí.

JUAN:                     No habéis de salir de aquí,  
                                  u os tengo de acompañar.

PEDRO:                    (Algo, sin duda, ha entendido  
                                  de mi enojo; fuerza es  
                                  deslumbrarle). Venid pues.

JUAN:                     (Bien hasta aquí ha sucedido,  
                                  pues sin sospechar en mí,  
                                  asistirle a todo puedo).

Vanse. Salen INÉS, y luego LEONOR

INÉS:                     Confusa de mirar quedo  
                                  lo que ha sucedido aquí.  
                                  Informarse tan severo,  
                                  cobrarse tan recatado,  
                                  hablar con él tan pesado,  
                                  y seguirle tan ligero  
                                  muchos efectos han sido.  
                                  No sé qué ha de suceder.

[Entrando LEONOR dice a BEATRIZ dentro]

LEONOR:                   ¡Válgate Dios por mujer!  
                                  ¡Qué temeraria has nacido!

INÉS:                     Señora, ¿qué te ha pasado;  
                                  que tan colérica vienes?

LEONOR:                   Que no me escuchó Beatriz  
                                  porque ha estado impertinente,  
                                  con más soberbia que nunca,  
                                  tan cansada como siempre.  
                                  Dice que dirá a mi padre  
                                  el suceso.

INÉS:                     Cuando vienen  
                                  los pesares, nunca, ¡ay triste!,  
                                  vienen solos, pues de suerte  
                                  se eslabonan unos de otros  
                                  que, enredándose crüeles,  
                                  es víspera del segundo  
                                  el primero que sucede.

Aquel hombre que dejaste  
aquí, para que supiese  
yo quién era, te buscaba  
a ti, señora, con este  
papel; que don Juan no quiso,  
por el riesgo, que viniese  
criado suyo. El papel  
me dio apenas, cuando quiere  
el cielo que entre tu padre  
y que con el hombre encuentre.  
Llegó al empeño don Juan,  
e hizo que el hombre le diese  
no sé qué necias disculpas;  
pero aunque quiso prudente  
disimular mi señor,  
no pudo, y tras él se vuelve.

LEONOR: ¡Qué bien dicen que los males  
son, si hay uno, como el fénix,  
pues es cuna en que uno nace  
la tumba donde otro muere  
Dame el papel, porque quiero  
al instante responderle  
a don Juan en el peligro  
que estoy.

INÉS: No le guardes, léele,  
que quizá advertirá algo  
que en tu cuidado aproveche.

LEONOR: Dices bien; abrirle quiero,  
que nada en esto se pierde.

#### Lee

"¡Qué mal podré hermoso dueño,  
decirte ni encarecerte...!"

INÉS: Tu hermana viene.

LEONOR: ¡Ay de mí!

#### Sale BEATRIZ

BEATRIZ: ¿Qué misivo idioma es éste  
que ajado ocultas?

LEONOR: ¿Yo?

BEATRIZ: Sí.

LEONOR: No entiendo lo que me quieres  
decir.

BEATRIZ: Con vulgar disculpa  
me has obstinado dos veces.  
Ese manchado papel  
en quien cifró líneas breves  
cálamo ansarino, dando  
cornerino vaso débil  
el etíope licor,  
ver tengo.

LEONOR: En vano pretendes  
ver el papel, porque fuera

también ser necia dos veces  
no querer saber de mí  
cuando de oírme te ofendes  
lo que yo quiero decir,  
y querer saber aleve  
lo que pretendo callarte.

BEATRIZ: Mi fraternidad no atiende  
a tu lengua, sí a tu acción,  
porque aquélla mentir puede  
y ésta ha de decir verdad;  
y así, en la ocasión urgente,  
si oír lo que quieres no quiero,  
saber sí lo que no quieres.

LEONOR: ¿De qué suerte, si no quiero,  
lo has de saber?

BEATRIZ: De esta suerte.

**Ásela el papel y porfían las dos**

Suelta la epístola.

INÉS: (No es **Aparte**  
sino evangelio).

LEONOR: Aunque intentes  
por fuerza verle, tirana,  
poco podré o no has de verle.

BEATRIZ: Deja el papel.

**Sale don PEDRO y ellas lo rompen y se quedan cada una con su pedazo**

PEDRO: ¿Qué papel  
es? ¿Por qué reñís, alevos?

INÉS: (Cayóse la casa, como **Aparte**  
dice el fullero que pierde).

PEDRO: Suelta este pedazo tú,  
y tú suelta este otro.

LEONOR: (Déme **Aparte**  
ingenio, Amor).

BEATRIZ: El que abstraes  
fragmento a mi mano débil  
te referirá baldones  
que tu pundonor padece.

LEONOR: El papel, señor, que miras,  
yo no sé lo que contiene;  
y pues que Beatriz lo sabe,  
¿quién duda que suyo fuese?  
Leyéndole estaba cuando  
llegué...

BEATRIZ: ¿Yo?

PEDRO: ¡Calla!

LEONOR: Y sin verme,  
llegando con tal cuidado  
(que me le puso de verle),  
quise quitársele, y ella  
me le defendió. No pienses

que fue atrevimiento en mí,  
que después que sé que tiene  
Beatriz quien la escriba, y quien  
la hable de noche por ese  
balcón, mi virtud me ha dado  
disculpas para atreverme,  
aunque soy menor hermana,  
a tratarla de esta suerte.

INÉS: (De mano gana Leonor **Aparte**  
cuando un mismo punto tienen...)

PEDRO: ¡Por cierto, Beatriz!...

BEATRIZ: Ignoro,  
atónita, responderte,  
que me construyó su acento  
estatua de fuego y nieve,  
porque cuanto me acumula  
delito es suyo **in especie**.

LEONOR: Pues ¿aquí no estaba Inés,  
que decir la verdad puede?

BEATRIZ: Pues ¿Inés no estaba aquí  
que dirá lo que sucede?

INÉS: Yo soy en fin la presencia  
de todo el hecho presente.

PEDRO: (¡Ay de mí!, que combatido **Aparte**  
de uno y otro mal tan fuerte,  
ambos me están mal, pues ambos  
armados contra mí vienen;  
que al averiguar (¡ay triste!)  
cúya es la culpa evidente,  
no es excusarme la pena,  
pues cuando a saberla llegue,  
tan sitiado mi dolor,  
tan acosado mi suerte,  
tan cercado mi desdicha  
en este lance me tiene,  
que habiendo (¡cielo!) que habiendo  
de morir precisamente  
quién me da muerte sabré,  
mas no excusaré la muerte).  
Vete tú, Beatriz, de aquí;  
y tú, Leonor, de aquí vete.

BEATRIZ: Señor, yo...

PEDRO: Nada digáis.

LEONOR: (Quiera Amor que no confiese **Aparte**  
el papel lo que yo niego).

BEATRIZ: Tú, mentil hermana tienes  
la culpa de todo.

**Vanse LEONOR y BEATRIZ**

PEDRO: Inés.

INÉS: (Aquí entro agora). **Aparte**

PEDRO: Deténte.

INÉS: (Honor, con quien vengo, vengo).

PEDRO: Pues sola el testigo eres,  
¿quién leía el papel?

INÉS: (Yo  
ni quito ni pongo leyes,  
pero hago lo que debo).  
PEDRO: ¿Qué es lo que dudas? ¿Qué temes?  
INÉS: (El oficio de criada  
es ayudar a quien miente).  
Señor, poco antes que tú  
llegué yo, sin que pudiese  
de la acción, ni de las voces  
saber cuyo el papel fuese.  
Ésta es la verdad, so cargo  
del juramento que tiene  
hecho cualquiera criada  
en el pleito que refieres.  
PEDRO: (¿Aun este pequeño alivio **Aparte**  
del desengaño, no quiere  
darme el dolor?) Vete, Inés.  
INÉS: (¡Viva a toda ley quien vence!) **Aparte**

**Vase INÉS**

PEDRO: Que el papel confesará  
cuanto tú y ellas me nieguen.  
Juntar quiero los pedazos  
de esta víbora, esta sierpe,  
que dividido el veneno  
en dos mitades contiene.

**Lee**

"¡Qué mal podré, hermoso dueño,  
decirte ni encarecerte  
el cuidado con que estoy  
de que anoche nos oyese  
tu hermana! Avisarme al punto  
que a tu padre se lo cuente,  
para que te ponga en salvo."  
A entrambas a dos conviene  
el papel, para que sea  
hoy mi desdicha más fuerte,  
pues si supiera de una  
que con liviandad procede,  
supiera también de otra  
la virtud, y de esta suerte  
templado estuviera el daño;  
mas para que no se temple,  
quiere el cielo que a ninguna  
crea, y que en las dos sospeche.  
Hallar un criado aquí,  
turbarse (¡ay de mí!) de verme,  
llegar don Juan, y dejarle,  
salir tras él, y perderle,  
volver a casa y hallar  
la confusión que me vence,  
cosas son que han menester

atenciones más prudentes.  
Y así, pues sé que el criado  
es, si su temor no miente,  
de don Alonso de Luna,  
saber quién es me conviene,  
y atender a sus acciones;  
y hasta que a mis manos llegue  
o desengaño o venganza,  
¡valedme, cielos, valedme!

Vase don PEDRO

## FIN DEL PRIMER ACTO

---

# ACTO SEGUNDO

---

Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL

ALONSO: De buena salimos.  
MOSCATEL: Yo  
soy el que salí de buena  
y entré en mala, pues me vi  
ya de la muerte tan cerca.  
JUAN: Determinarme yo a entrar,  
viendo la ocasión tan cierta,  
tras don Pedro, fue tu dicha.  
MOSCATEL: Y aun la tuya, pues si dejas  
de entrar, confieso de plano.  
ALONSO: ¿Eso dices?  
MOSCATEL: Y aun lo hiciera  
mejor que lo digo.  
ALONSO: Mira,  
don Juan, si amando hay quien tema.  
JUAN: Pues ¿un amante es cobarde?  
MOSCATEL: Mucho más, por ver que arriesga  
una vida que no es suya,  
sino de su hermosa prenda;  
y si es deuda de un amante  
en su servicio perderla,  
ya es de amor estelionato  
hipotecarla a otra deuda.  
ALONSO: Ya que por don Juan te sufro  
esta locura, este tema,  
y hemos todo el día tratado  
de tus disgustos y penas,

este rato que el pesar  
firma, si no paces, treguas,  
hablemos de tus amores  
otro poco; ya que es fuerza  
sufrirlos, hagamos de ellos  
entretenimiento. Cuenta,  
Moscatel, quién es tu dama,  
y en qué estado estás con ella.

MOSCATEL: En qué estado diré;  
quién es, no.

ALONSO: Pues ¿qué recelas?

MOSCATEL: Tu condición.

JUAN: ¿No soy yo  
seguro?

MOSCATEL: No hay cosa cierta.

ALONSO: Verdad es que yo he tenido  
por opinión siempre cuerda  
que, para una vez, no hay  
mujer mala, ni comedia,  
como ni para dos veces  
comedia ni mujer buena.  
Verdad es que, en mi concepto,  
todas, hay por qué quererlas,  
y todas, por qué dejarlas;  
y esto bien claro lo prueba  
el refrán: "no vivirás  
ni con ella ni sin ellas."  
Verdad es que la casada  
por fruta vedada, alegre  
bien, como también por fruta  
agridulce la doncella.  
Y pues que de frutas va,  
la viuda a mí me contenta,  
por fruta sin hueso, como  
me refrena la soltera,  
porque, a dos favores, es  
la soltera fruta injerta;  
la fregona, porque es fruta  
más barata, aunque más puerca;  
y a las demás del rebusco,  
¡lavarlas para comerlas!  
Pero aunque esta condición  
tras su variedad me lleva,  
no por eso a los amigos  
falta la correspondencia.

MOSCATEL: Aunque más digas ni hagas  
de esta fruta culebresca,  
el querubín es mi amor,  
que de ti me la defienda.

ALONSO: Pues vaya, ¿en qué estado estás?

MOSCATEL: Que venturoso merezca  
alguna esperanza, quiso  
mi amor.

ALONSO: ¿Agora te diera  
más de dos mil bofetadas  
de buena gana! ¿Qué quieras,  
don Juan? ¿Que yo sufra un loco



decir cosas como éstas?  
¿Qué esperanza ni qué amor  
entre quien almohaza y friega?  
JUAN: Así se conserva el mundo.  
ALONSO: Sí, mas con malas conservas.

**Sale INÉS, tapada, con un papel**

INÉS: ¿Señor don Juan?  
JUAN: ¿Quién me llama?  
INÉS: Yo soy.  
JUAN: Vengas norabuena,  
Inés.  
INÉS: Para haberte hallado  
he dado en Madrid mil vueltas.  
JUAN: ¿Qué ha sucedido, que así  
vienes?  
MOSCATEL: (Inesilla es ésta; **Aparte**  
quiera el cielo que mi amo  
no la atisbe ni la vea).  
INÉS: A darte aqueste papel  
he venido. Adiós.  
JUAN: Espera;  
le leeré.

**Lee don JUAN, y entretanto se pone MOSCATEL en medio de don ALONSO e  
INÉS**

ALONSO: (No tiene, a fe, **Aparte**  
mala cara la mozuela).  
MOSCATEL: ¡Vióla! No daré un ochavo  
por mi honra toda entera.  
ALONSO: Oye, Moscatel.  
MOSCATEL: ¿Señor?  
ALONSO: Si como esta moza fuera  
la tuya, te disculpara,  
si hay disculpa que amor tenga.  
MOSCATEL: (Celos, vamos poco a poco; **Aparte**  
no matéis con tanta priesa).  
¿Ésta te parece bien?  
ALONSO: Pues ¿no es bien hermosa ésta  
para fregona?  
MOSCATEL: No es  
sino muy mala y muy fea.  
Si vieras, señor, la mía,  
pondría el alma que dijeras  
que era el pecado nefando,  
si entraba en su competencia.  
ALONSO: ¡Viven los cielos, que mientes!  
JUAN: Ya he leído.  
ALONSO: ¿Y qué hay?  
JUAN: Mil quejas  
de Leonor, y en fin me avisa  
que bien puedo ir a verla,  
que no hay sospecha de mí

por una industria--cuál sea  
no dice--. Después de todo,  
yo volveré a daros cuenta.  
Vamos, Inés.

**Vase don JUAN**

ALONSO: Moscatel,  
no la dejes ir, deténla.  
MOSCATEL: (¿Esto más, celos?) **Aparte**  
ALONSO: ¡Ah, hermosa!  
INÉS: ¿Qué quieres?  
ALONSO: Veros quisiera  
yo esa buena cara.  
MOSCATEL: (¡Ay, cielos!)  
INÉS: Hay mucho que ver en ella,  
y no vengo tan despacio.  
ALONSO: Yo la sabré ver apriesa.  
MOSCATEL: (Y aun dejar de verla y todo). **Aparte**

**Salen don LUIS y don DIEGO**

DIEGO: La criada suya es ésta.  
LUIS: Desde su casa le he visto  
salir, y vengo tras ella  
por ver si para Beatriz  
darla un recado pudiera.  
INÉS: (No sé lo que Moscatel **Aparte**  
me quiere decir por señas).  
DIEGO: Con don Alonso de Luna  
habla.  
LUIS: Cierta es mi sospecha;  
que venir una criada  
de Beatriz de esta manera  
a buscarle, estar él siempre  
en su calle y a sus rejas  
con el otro amigo suyo,  
mirar que cuando se aleja  
se quedan los dos hablando,  
no es posible que no sean  
lances de amor.  
DIEGO: ¿Qué queréis  
hacer?  
LUIS: Que aquí no me vean,  
que no tengo yo favores  
para que empeñarme pueda,  
y refír un desvalido  
es valentía muy necia.  
DIEGO: Decís bien, y quizá mienten  
los viles celos que os cercan.  
LUIS: Nunca son viles los celos,  
don Diego.  
DIEGO: Opinión es nueva.  
LUIS: ¿Hay más nobleza que hablar  
verdad? Pues esta nobleza

sólo los celos la tienen,  
porque no hay celos que mientan.

**Vanse don DIEGO y don LUIS**

INÉS: Bien está. Adiós, que es muy tarde.  
ALONSO: Dejas que vaya siquiera  
con vos aquesse criado.  
No vais sola.  
INÉS: Norabuena;  
venga el criado conmigo.  
MOSCATEL: (¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!)  
ALONSO: Moscatel.  
MOSCATEL: ¿Señor?  
ALONSO: Escucha:  
Inés me ha dado licencia  
para que en mi nombre vayas  
hasta su casa con ella;  
ve, y dirásela en el camino  
que como tal vez se venga  
a casa, no faltará  
algún regalo que hacerla.  
MOSCATEL: ¿Es posible que tal dices?  
ALONSO: Sí, que si en su amor ya es fuerza  
acompañar a don Juan,  
no es muy mala conveniencia  
tener quien aquel instante  
también a mí me entretenga.  
MOSCATEL: Yo se lo diré.  
ALONSO: En los trucos  
te aguardo con la respuesta.

**Vase don ALONSO**

MOSCATEL: (¡Quedamos buenos, honor!) **Aparte**  
INÉS: Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?  
MOSCATEL: Vamos, Inés.  
INÉS: Pues, ¿tan triste  
conmigo vas, que aun apenas  
alzas a verme la cara?  
¿Qué es aquesto?  
MOSCATEL: ¡Ay, Inés bella!  
¡Ay, dulce hechizo del alma  
qué de cuidados me cuestras!  
INÉS: ¿Qué tienes?  
MOSCATEL: Amor y honor.  
Quiero y sirvo, y hoy es fuerza  
entre mi dama y mi amo,  
que no sirva o que no quiera.  
INÉS: No entiendo tus disparates.  
MOSCATEL: Pues yo haré que los entiendas.  
Don Alonso, mi señor,  
te vio, Inés, y a Dios pluguiera  
que antes cegase, aunque yo  
el mozo de ciego fuera.

Vióte, Inés, ¡ay Dios!, y al verte  
fue precisa consecuencia  
quererte; no tanto, Inés,  
por tu infinita belleza,  
como por su amor finito,  
que eres, al fin, cara nueva.  
Conmigo a decirte envía...  
(Aquí se turba mi lengua,  
aquí la voz se suspende,  
y aquí los sentidos tiemblan).  
Con más afectos, que cuando  
Prado hizo al rey de Suecia  
dice que si vas, Inés,  
a verle, tendrás (¡qué pena!),  
si es por la mañana, almuerzo,  
si es por la tarde, merienda.  
Bien veo que es la mayor  
infamia y mayor bajeza  
de un amante ser tercero  
(¡un volcán soy, soy un Etna!)  
de su dama; mas también  
veo que es mayor afrenta  
ser desleal a su dueño.  
Y así, entre una y otra deuda,  
amigo, amante y leal,  
cumpló con que de mí sepas  
que él te quiere, y yo lo lloro,  
porque al fin, de esta manera,  
tu amor digan y mis celos  
tu alegría y mi tristeza.

INÉS:

¡Grosero, descortés, loco!  
Detén esa aleve lengua,  
que no sé, no sé que has visto  
en mí para que te atrevas  
a hablar con tal libertad  
a una mujer de mis prendas.  
Dile a tu amo, villano,  
que soy quien soy, y no tenga  
pretensiones para mí;  
que de cualquiera manera  
iré a servirle a su casa,  
porque yo no soy de aquellas  
mujercillas que se pagan  
en almuerzos y meriendas,  
que soy moza de capricho,  
y eso le doy por respuesta.

MOSCATEL: ¿Eso dices?

INÉS:

Eso digo;  
y presto de aquí te ausenta,  
no te vean en mi casa,  
mira que ya estamos cerca.

MOSCATEL: En fin, ¿te vas enojada?

INÉS: No me sigas, no me veas.

MOSCATEL: Obedecerte es forzoso.

Pues tan triste, Inés, me dejas,  
"Bien podéis, ojos, llorar,  
no lo dejéis de vergüenza."

**Vase MOSCATEL**

INÉS: Aquésta es mi casa; el manto  
me he de quitar a la puerta,  
que para esto solamente  
creo que en las faldas nuestras  
usamos los guardainfantes.  
Ahora, aunque mi ama la necia  
me haya echado un rato menos,  
no sabrá que he estado fuera.  
Nadie de ustedes lo diga,  
que los cargo la conciencia.

**Vase y salen don JUAN y LEONOR. Luego vuelve a salir INES**

LEONOR: Esta mentira ha sido  
la que nuestro cuidado ha divertido.

JUAN: Fue del ingenio tuyo,  
que con eso que fue sutil arguyo.

LEONOR: Ya del todo perdida  
la vida, restauré en parte la vida,  
pues lo que era evidencia  
puse con el engaño en contingencia;  
que no es pequeño aviso  
saber hacer dudoso lo preciso.

JUAN: Tu padre, en fin, ¿de entrambas sospechoso  
quedó?

LEONOR: Tanto, que anda cuidadoso,  
yendo a casa y viniendo,  
escuchando a la una, a la otra oyendo.  
Hasta aquí no ha sabido  
cúyo el papel, ni para quién ha sido,  
porque Inés, que tenía  
sola noticia de la culpa mía,  
sin que a decirlo acuda,  
dejó en su fuerza la primera duda.

INÉS: Yo no dije que era  
el papel de Beatriz, porque pudiera  
el papel desmentirme,  
y así en lo que dijiste estuve firme.

JUAN: Dicha fue que viniera  
el papel de manera  
que a entrambas convenía,  
que bien se acuerda le memoria mía  
de que no te nombraba  
y de que escrito de otra letra estaba.  
Pero dime, ¿qué ha hecho  
Beatriz al testimonio?

LEONOR: Yo sospecho  
que, sujeta al indicio,  
si juicio tiene, ha de perder el juicio,  
pues sobre su melindre y su locura  
tan vana de su ingenio y hermosura,  
verse indiciada tanto

de una sospecha, la convierte en llanto.  
Y estoy, don Juan, gustosa de manera  
de verla así, que diera  
porque fuera verdad y no fingido  
el amor que en su culpa he introducido  
la vida.

INÉS: Piensa tú, señor, qué haremos  
por llevar adelante sus extremos.  
LEONOR: De nuestro amor industria lisonjera  
el divertirla y el culparla fuera,  
pues con eso dejara  
de perseguirme a mí, y ella callara.  
JUAN: Ahora bien: pues yo quiero  
de esta venganza tuya ser tercero,  
y trayendo conmigo  
para que la entretenga un cierto amigo,  
haré... pero ella viene  
después lo oirás, que aquí callar conviene.  
LEONOR: Pues vete, no te vea;  
que aunque aquesta sospecha en ti no sea  
a toda ley, bien creo  
que es mejor desvelar nuestro deseo.  
JUAN: Pues adiós, Leonor bella.  
INÉS: ¡Santiago y cierra, España! ¡A ella, a ella!

**Vanse INÉS y don JUAN y sale BEATRIZ**

BEATRIZ: Aquí, que Fénix estoy  
--porque en fin la fantasía  
hace y no hace compañía--  
soliloquiar quiero hoy  
en qué infelice soy  
y en qué horóscopo nací;  
pues siendo mi honor en mí  
sol que el día iluminó,  
el eclipse padeció,  
y yo el efecto sentí.  
Entre mi nombre y mi ardor,  
con epiciclo confuso,  
el cuerpo opaco me puso  
la mentira de Leonor.  
LEONOR: ¿Qué me quieres?  
BEATRIZ: Es error,  
aunque a solas te he nombrado,  
fantasear que te he llamado;  
que si el nombrar es llamar,  
hoy desvía con nombrar  
al contrario mi cuidado.  
LEONOR: Pues ¿por qué crüel conmigo  
tu voz a solas se emplea?  
BEATRIZ: ¿Por qué? ¿Me interrogas? Sea  
tu mendacio tu castigo.  
¿Tú no fuiste, amor testigo,  
la escrita?  
LEONOR: Sí.

BEATRIZ:                                   ¿Tú no fuiste  
la que al paterno dijiste,  
al fin, que era para mí  
el lineado papel?

LEONOR:                                   SÍ.

BEATRIZ:   ¿Tú no fuiste quien hiciste  
tan valida la mentira  
que embelecó a la verdad,  
acuado su puridad?

LEONOR:                                   SÍ, Beatriz.

BEATRIZ:                                   Pues, ¿qué te admira  
lamentar tu fraude?

LEONOR:                                   Mira  
lo que tu enfado causó;  
que no lo inventara, no,  
si tú ayudaras mi engaño;  
mas ya sucedido el daño,  
Beatriz, primero era yo.  
Negarte a solas no quiero  
que mía la culpa fue,  
pero tampoco querré  
confesársela a un tercero.  
Yo amo, yo adoro, yo muero  
de amor... (¡Mi padre, ay de mí!) **Aparte**

**Sale al paño don PEDRO por las espaldas de BEATRIZ, y cara a  
cara  
de LEONOR; ella le ve, y él se encubre**

PEDRO:        "Yo muero de amor" oí                                   **Aparte**  
a Leonor.

LEONOR:        (Cure mi error                                   **Aparte**  
mi vos). ¡"Yo muero de amor"  
dices delante de mí!  
¡"Yo quiero"!

PEDRO:        (¿Esto llego a ver?)                               **Aparte**

LEONOR:        ¡"Yo amor"!

BEATRIZ:        ¿Aquesto llego a oír?

LEONOR:        ¿"De amor muero" ha de decir  
una principal mujer?  
Mi padre lo ha de saber;  
que aunque tú me has dicho aquí  
que a él no, pero a mí sí  
lo confieras, brevemente  
lo sabrá.

BEATRIZ:        ¿Qué dices?

LEONOR:        Tente;  
no te apropincues a mí.

BEATRIZ:        El concepto dificulto  
de tus extremos, Leonor.

LEONOR:        No me empañes el candor  
de mi castísimo bulto.

BEATRIZ:        ¡Qué mudanza!

LEONOR:        ¿Tal insulto  
pronunciar tu lengua osa?

PEDRO:        (Leonor es la virtuosa).                               **Aparte**

BEATRIZ: Oye, hermana.  
LEONOR: Aqueso no,  
que tener no puedo yo  
hermana libidinosa.

Vase LEONOR

BEATRIZ: ¿Quién tales extremos vio?  
¿Quién vio tales sentimientos?  
¿Quién vio tales fingimientos  
de un instante a otro?

PEDRO: Yo.  
Yo los vi, Beatriz, y no  
en vano el cuidado ha sido  
que con las dos he tenido.  
[.....  
.....  
..... -ido].

BEATRIZ: Señor, ¿tú estabas aquí?

PEDRO: Sí, sí, Beatriz, aquí estaba.

BEATRIZ: ¿Oíste a Leonor lo que hablaba?

PEDRO: Lo que hablaba a Leonor oí.

BEATRIZ: Luego, ¿ya estarás de mí  
desengañado?

PEDRO: Sí estoy,  
pues he llegado a ver hoy  
que una hermana menor pueda  
reñirte.

BEATRIZ: ¡Que tal suceda!  
Infausta y crinita soy.

PEDRO: ¿Qué crinita, ni qué "infausta"?

BEATRIZ: Señor...

PEDRO: Beatriz, bueno está;  
basta lo afectado ya,  
lo enfadoso, Beatriz, basta;  
que es lo que más te contrasta  
para que vencida quede  
tu opinión. Bien verse puede,  
si a hablar así te acomodas,  
que quien no habla como todas,  
como todas no procede.

Yo sé que el cuidado ha sido  
y el papel de un caballero  
bachiller y chocarrero,  
leve y mal entretenido,  
y que le quieres he oído  
cuando Leonor te reñía.  
Culpa ha sido tuya y mía,  
mas remediarélo yo;  
aquí el estudio acabó,  
aquí dio fin la poesía.

Libro en casa no ha de haber  
de latín, que yo no alcance;  
unas **Horas** de romance  
le bastan a una mujer.  
Bordar, labrar y coser



sepa sólo; deje al hombre  
el estudio, y no te asombre  
esto; que te he de matar  
si algo te escucho nombrar  
que no sea por su nombre.

BEATRIZ: Subordinada al respeto,  
girasol de tu semblante,  
en estilo relevante  
no frasificar prometo.  
Deja, empero, a tu conceto  
desvanecer la apariencia  
que el engaño hizo evidencia,  
que hizo caso la malicia,  
queriendo con su injusticia  
captar su benevolencia.

PEDRO: ¡Perdiendo, Beatriz, el vicio,  
bien enmendada te veo!

BEATRIZ: ¡Por tu anticipata...!

PEDRO: Creo  
que hoy me has de quitar el juicio.

**Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL**

ALONSO: ¿Eso la pícara dijo?

MOSCATEL: De tu amor tan ofendida,  
como si fuera hija Inés  
del Preste Juan de las Indias,  
"Decid" dijo, "a vuestro dueño  
que de mi valor no vista,  
que soy grande para dama,  
y para esposa soy chica."

ALONSO: Eso a reyes de comedia  
no hay condesa que no diga  
de Amalfi, Mantua o Milán,  
mas no las de Picardía.  
Si a mí se me diera algo,  
fuera la historia muy linda,  
porque no hay cosa que tanto  
me canse y me dé mohina  
como ver una fregona  
que a lo dama se resista.  
¡Válgate el diablo, picaña!  
¿Cómo no tienes a dicha  
que te hable un hombre que al fin  
trae una camisa limpia?

MOSCATEL: Señor, cada ropa blanca  
su semejante codicia.

ALONSO: Y ¿qué te pasó con Celia?

MOSCATEL: Estaba a su celosía  
asomada, y aun borracha,  
pues dijo por qué no ibas  
a verla, y esto, señor,  
en juicio no lo diría,  
porque ¿cómo has de ir a verla,  
si ya la viste ha tres días?

ALONSO: Mi firmeza me destruye,

porque todas imaginan,  
siendo galán al quitar,  
que lo he de ser de por vida.  
Pues mejor es lo que a mí  
me ha pasado; como iba  
en un coche doña Clara,  
llamóme, lleguéme a oírla,  
y díjome que a la tarde  
(¡ahí es una niñería!)  
le enviase veinte varas  
de lama, porque quería  
hacer en mi nombre una  
pollera, y a media risa  
pregunté de qué color.  
Respondió que de la mía,  
y así al propósito hice  
de repente esta quintilla:

"De mi color, bien mi amor  
dar la pollera quisiera;  
mas es tanto mi temor  
que no me dejas color  
de qué hacerte la pollera."

Con esto me descarté  
de la lama.

MOSCATEL: Linda finca  
es un desenfado.

ALONSO: ¿Cómo?

MOSCATEL: Como paga a chanza vista.

ALONSO: ¿No sabes lo que en aquesto  
más me mata, más me admira?  
Que usándose hombre que nieguen,  
se usen mujeres que pidan.

MOSCATEL: Piden por su devoción.  
(¡Qué presto de Inés se olvida! **Aparte**  
Celos, adiós).

ALONSO: Moscatel.

MOSCATEL: ¿Señor?

ALONSO: ¿Quieres que te diga  
una verdad?

MOSCATEL: Si contigo  
lo puedes acabar, dila.

ALONSO: La Inesilla me ha picado.

MOSCATEL: ¿Tan aguda es la Inesilla?

ALONSO: Y por hacer burla de ella  
solamente, he de rendirla.  
Allá has de volver.

MOSCATEL: ¿Yo?

ALONSO: Sí.

MOSCATEL: (Celos no adiós tan aprisa). **Aparte**

**Sale don JUAN**

ALONSO: Y dirás...

JUAN: ¡Gracias al cielo

que os traigo nuevas un día  
de contento, porque amor  
no siempre ha de ser desdichas!  
Ya cesaron sus disgustos,  
sus pesares, sus rencillas,  
que, como es niño, el semblante  
que ayer fue llanto, hoy es risa.  
Ayer de vuestro valor  
me valí, cuando tenía  
empeños de honor, y agora  
que han mejorado de dicha,  
me he de valer, don Alonso,  
de vuestra cortesanía,  
buen gusto y sutil ingenio,  
porque en dos iguales líneas  
los dos extremos toquéis  
del pesar y la alegría.

ALONSO: Pues bien, ¿qué os ha sucedido?

JUAN: De cuanta culpa tenía,  
Leonor hizo a Beatriz dueño,  
cautelosa y prevenida;  
dudó el padre entre las dos  
cúya fuese la malicia,  
y quedó por fe dudosa  
la que era culpa precisa.  
Para ayudar este engaño  
con Beatriz y divertida,  
que si hay envidia entre hermanos,  
es la más crüel envidia,  
me ha pedido que con ella  
algún nuevo amante finja,  
porque la importa en extremo  
o culparla o divertirla.  
Y aquéste habéis de ser vos,  
ayudándoos ella misma  
a la entrada de su casa.  
Y así, desde aqueste día  
la habéis de asistir, pasear,  
adorar su celosía,  
solicitar sus criadas,  
donde saliere, seguirla,  
escribirla...

ALONSO: Deteneos,  
que ni hablarla, ni servirla,  
ni pasearla, ni mirarla  
sabré yo hacer en mi vida.  
¿Yo mirar a una ventana  
embobado todo el día,  
haciendo el amor ardiente  
a un cántaro de agua fría?  
¿Yo sobornar a una moza,  
porque mis penas la diga?  
¿Yo abrazar un escudero  
con la barba hasta la cinta?  
¿Yo seguir a una mujer  
ni saber dónde va a misa,  
ni si la oye?, que al fin, yo,

don Juan, en toda mi vida  
la he averiguado a mi dama  
si tiene o no tiene crisma;  
y ellas se huelgan, pues todas  
niegan dónde se bautizan.  
¿Yo escribir papel tan cuerdo  
que mil locuras no diga,  
donde el retozar no ande  
entre el afecto y la dicha?  
¿Yo hablar a una ventana  
después de una noche fría,  
para pedir una mano?  
¿Yo sufrir que muy esquiva  
me responda "es de mi esposo,"  
y con aquesta porfía  
me ande con su doncellez  
dando en cara cada día?  
¡Vive Dios, que antes me deje  
morir, que a una mujer siga,  
ni solicite, ni ronde,  
ni mire, ni hable, ni escriba!  
Porque en no teniendo yo  
libre entrada a mis visitas  
donde tome mi despejo  
a la primera vez silla,  
la segunda taburete  
y al tercera tarima,  
siendo mi lecho el estrado  
y mi almohada una rodilla,  
y haciéndola que me rasque  
la cabeza si me pida,  
no daré por cuanto amor  
hay en el mundo dos higas.  
Y mirad, pues, qué mujer  
tan chistosa y entendida  
me traéis; una mujer  
que habla siempre algarabía,  
y sin Calepino no  
puede un hombre entrar a oírla.  
Y así, mirad si traéis  
algún disgusto en que os sirva,  
que voto a Dios que primero  
con diez hombre legos riña  
que con una mujer culta  
que ha de ser la dama mía,  
como fianza, abonada,  
sobre lega, llana y lisa.

JUAN: En la corta, don Alonso,  
¿cada día no se mira,  
por hacer tercio a un amigo,  
enamorar a una amiga?

ALONSO: También se mira, don Juan,  
en la corte cada día  
perder uno su dinero  
por hacer tercio a una rifa.

JUAN: Yo no quiero que tu amor  
sea, sino que le finjas,

que esto todo ha de ser burla.  
ALONSO: Mucho el ser fingido obliga,  
y hacer burla de una loca  
tan vana y tan presumida...  
MOSCATEL: (¡Qué presto hizo la razón **Aparte**  
a la ocasión que le brinda!  
Tan loco nos venga el año.  
ALONSO: Cuanto sea engaño y mentira,  
vaya; mas pensar que tengo  
de obligarla ni sufrirla,  
es pensar un imposible.  
JUAN: Ni nadie a aqueso os obliga.  
ALONSO: Pues desde aquí empiezo a amarla.  
JUAN; Vamos a su casa misma,  
y en el camino os diré  
de ella cosas conocidas  
que importan, y haré que entréis  
a hablarla.  
ALONSO: Vamos aprisa,  
que ya, de pensar, don Juan,  
lo que hoy a las burlas mías  
han de responder sus veras,  
me estoy muriendo de risa.  
MOSCATEL: Quiera amor no pare en llanto.  
ALONSO: ¿Qué llanto, necio, si miras  
que todo es burla?, pues sólo  
mi libertad solicita  
hacer buen tercio a don Juan,  
vengar a Leonor divina,  
burlar a Beatriz hermosa  
y retozar a Inesilla.  
MOSCATEL: (No será, no, sino echarse **Aparte**  
con la carga de mis dichas).

**Vanse. Salen BEATRIZ e INÉS**

INÉS: Grande es, señora tu melancolía.  
BEATRIZ: ¿Cómo no ha de ser grande, y más si es mía?  
(Y harta razón no tengo,  
pues por Leonor con mi ascendiente vengo  
a padecer calumnias de que amo,  
cuando la misma ingratitud me llamo?  
¿Yo, pensar que he escuchado a un hombre amores,  
que admití un papel, que di favores,  
que entró en mi cuarto abriendo una fenestra,  
que fue el tacto la nube de mi diestra?  
Cosas son que el escrúpulo más leve  
dentro de mí, ni aun a pensar se atreve.  
Y así, aqúeste retiro,  
donde la luz del sol apenas miro,  
lúgubre será esfera  
en que, engañando lo que vivo, muera.  
Estancia será esquiva

en que, burlando lo que muero viva.  
El sol, Narciso de carmín y grana,  
desde el primer fulgor de la mañana  
al paroxismo de la noche fría  
adonde espera el parangón del día,  
no me ha de ver la cara,  
si ya con luz no se penetra avara  
a esta mansión adonde  
mi profanado pundonor me esconde.  
Lloren aquí mis ojos  
sinónimos neutrales, digo, enojos  
de torpes desvaríos,  
que son ajenos, y parecen míos.  
Inés, ¿no me he quejado  
en bien humilde estilo, en bien templado?  
Si mi padre me oyera,  
¡Oh, cuánta enmienda en mis discursos viera!

INÉS: Mucha, aunque del tema reformado  
algunas palabrillas te han sobrado.

BEATRIZ: Dime cuáles han sido.

INÉS: "Lúgubres" y "crepúsculos" he oído,  
"equivocos", "sinónimos neutrales",  
"fenestras", "paroxismos" y otros tales  
de que yo no me acuerdo.

BEATRIZ: ¡Con la estulticia que hay, el juicio pierdo!  
Pues ¿ésas no son voces de cartilla,  
que un portero las sabe de la villa?  
Mas desde aquí prometo  
que calce mi conceto  
a pesar de Saturno,  
vil zueco, en vez de trágico coturno.

INÉS: (Enmendándose va). **Aparte**

BEATRIZ: Y tú, si me oyeres  
frase negada a bárbaras mujeres,  
por ver si en esto topa,  
tírame de la manga de la ropa.

INÉS: La concesión aceto,  
y ser fiscal de tu voz prometo.

**Salen LEONOR, don ALONSO y MOSCATEL**

LEONOR: Ésta es Beatriz, y puesto que has venido  
a divertirla, su galán fingido,  
hablar aquí podrás seguramente;  
yo, atenta a que no haya inconveniente,  
con don Juan allí hablando,  
hoy las espaldas te estaré guardando.

**Vase LEONOR**

ALONSO: (¿Quién creerá que he tenido  
mudo el amor, aun siendo amor fingido?)

INÉS: Moscatel, ¿qué es aquesto?

MOSCATEL: La droga introducir que se ha dispuesto.

INÉS: ¿Para qué entras tú acá?



no admires de salto que  
golfo navegue, ignorando  
--naufragio mi aliento, pues--  
tu discreción, tu belleza;  
entre el mirar y el saber  
hurtar pude sitio al mar,  
y mucho agradable en él.

INÉS: (También ha menester éste **Aparte**  
que le tire Moscatel).

ALONSO: Yo soy aquel que dos años  
viviente girasol fue  
de la luz de tu beldad;  
fragrante al llegarte a ver  
cuanto mustio al ausentarse,  
que entre el morir y el nacer  
no hubo más distancia que entre  
si se ve o si no se ve.

INÉS: (Atención, señoras mías; **Aparte**  
entre mentir o querer,  
¿cuál será lo verdadero,  
si esto lo fingido es?)

ALONSO: La causa hoy de este alboroto  
es haber hallado ayer  
tu padre el criado mío  
que te traía un papel;  
y viendo la obligación  
que tengo a quien soy, osé,  
temeroso de tu riesgo,  
agora que ocasión halle,  
entrar hasta aquí.

BEATRIZ: Deténte,  
que ya me incumbre saber,  
aunque mi riesgo derogue  
la más inviolable ley,  
qué papel o qué criado  
aquése que dices fue.

ALONSO: El criado, este criado;  
el papel, aquel papel  
que abrió Leonor, siendo tuyo,  
porque a ella se le dio Inés.

INÉS: Yo no se le di, que ella  
me le quitó sin querer.

BEATRIZ: ¿Tuyo era el criado?

ALONSO: Sí.

BEATRIZ: ¿Y tuyo el papel?

ALONSO: También.

BEATRIZ: ¿Y para mí?

ALONSO: Pues, ¿qué dudas?

BEATRIZ: Antes no dudo, pues sé  
que mi muerte y mi homicida  
fuiste de mi paz, crüel  
tirano, que introdujiste  
enscrúpulos en mi fe.  
Vuelve, vuelve las espaldas  
de piadoso, o de cortés,  
que solicitas mi muerte  
si aquí mi hermana te ve,



porque hará verdades hoy  
los fingimientos de ayer.  
INÉS: (¡Qué fácilmente creyó  
lo que él contó y yo afirmé!) **Aparte**  
MOSCATEL: (En fin, no hay cosa más fácil **Aparte**  
que engañar a una mujer.)  
BEATRIZ: Y no quieras más victoria,  
de mi vanidad, que ver  
que por ti lloran mis ojos,  
que puede, en efecto, hacer  
costar lágrimas un hombre  
sin quererle una mujer,  
que no las lágrimas siempre  
señas son de querer bien.  
Vete.  
ALONSO: (Más lo deseo yo, **Aparte**  
que estoy ya para perder  
el juicio, pensando modos  
para responderte).  
BEATRIZ: No des  
más escándalo en mi casa,  
que basta el primero ser  
que concupiscible oí.

#### **Tírale de la manga INÉS**

No tires más, déjame,  
que tienes traza, por Dios,  
de dejarme muda.  
ALONSO: En fe,  
diámetro al menos serte  
no rehusa aquesta vez  
mi opuesto planeta; quiero  
obedeceros cortés,  
pero en sabiendo mi amor.  
BEATRIZ: Pues adiós, que ya lo sé.  
ALONSO: No se ha empezado muy mal.  
MOSCATEL: Ni se ha acabado muy bien;  
que viene gente.  
INÉS: ¡Ay, señora,  
ir no le dejes!  
BEATRIZ: ¿Por qué?  
INÉS: Porque al paso están hablando  
Leonor, don Juan, y también  
tu padre.  
MOSCATEL: El padre es el diablo  
de estos enemigos tres.  
BEATRIZ: Mi climatérico día  
es hoy, ¡ay de mí!, si os ven,  
porque contra mí los cielos  
han sabido disponer  
evidencias que acreditan  
culpas que no imaginé.  
Para el cuarto de mi padre  
el paso esta cuadra es;  
no podéis salir de aquí,

ni allá dentro entrar podéis;  
y así, antes que aquí entren,  
fuerza el esconderos es.

ALONSO: ¿Es comedia de don Pedro  
Calderón, donde ha de haber  
por fuerza amante escondido  
o rebozada mujer?

BEATRIZ: Esto conviene a mi honor.

ALONSO: ¿Yo me tengo de esconder:

MOSCATEL: Inés, mala burla es ésta.

INÉS: Y muy mala, Moscatel.

BEATRIZ: Esto he de deberos.

ALONSO: (Cielos **Aparte**  
considerad que no es bien  
darme tan fino el pesar,  
siendo tan falso el placer).

BEATRIZ: ¿Qué esperáis?

ALONSO: ¿Qué he de esperar?  
Saber adónde ha de ser  
donde tengo de esconderme.

INÉS: Donde estar mejor podréis  
es en aquella alacena  
de vidrios.

BEATRIZ: Has dicho bien.

ALONSO: ¡Lindo búcaro del duque  
o de La Maya seré!  
¿Yo en alacena de vidrios?  
¡Voto a Dios!

BEATRIZ: Preciso es.

INÉS: Entrad.

ALONSO: Sin un calzador  
no es posible.

INÉS: Entra también.

MOSCATEL: ¿Es alacena de dos  
como mula de alquiler?

**Éntranse en una alacena, québranse vidrios y salen don  
PEDRO, LEONOR y don JUAN**

INÉS: Mirad que quebráis los vidrios.

PEDRO: Hola, unas luces traed  
a esta sala.

JUAN: (¡Vive Dios, **Aparte**  
que no sé lo que he de hacer  
si halla a don Alonso aquí  
don Pedro! Que yo bien sé  
que no tiene el cuarto puerta  
por donde salir, y en fe  
de haberle empeñado yo,  
y ser mi amigo también,  
no sé, como llegue a verle,  
qué remedio puede haber).

LEONOR: (¡Oh, nunca hubiera inventado **Aparte**  
la venganza que busqué,  
pues empezando de burlas,  
tan de veras viene a ser!)

PEDRO: Aquestas noches, don Juan,  
¿a qué hora os recogéis?  
JUAN: Temprano. (Aquesto es decirme  
que me vaya, y fuerza es.  
En grande peligro dejo  
a don Alonso, por ser  
mi amigo; el estarme aquí  
no es posible; lo que haré  
será estar siempre a la mira  
de lo que ha de suceder).  
Quedá a Dios.

PEDRO: Adiós. Alumbra  
al señor don Juan, Inés.

JUAN: No habéis de salir de aquí.

**Va INÉS alumbrando, y vase don JUAN**

PEDRO: Yo sé bien lo que he de hacer.

**Vase don JUAN**

LEONOR: (¿Adónde Beatriz habrá, **Aparte**  
pues yo no lo puedo ver,  
a don Alonso escondido?)

BEATRIZ: (¡Que tantos sustos me dé **Aparte**  
un hombre que no conozco!)

**Vuelven don PEDRO e INÉS con la luz; a tiempo que se quiebra  
un vidrio, déjase INÉS caer la luz**

PEDRO: Entra aquesa luz, Inés,  
en mi cuarto.

LEONOR: (Ahora sin duda **Aparte**  
da en su aposento con él).

PEDRO: Entrad conmigo las dos,  
que os tengo que hablar...mas ¿qué  
es aquello?

**Déjase caer el candelero INÉS**

INÉS: El candelero  
se me cayó.

PEDRO: ¡Que no estés  
nunca, Inés, en lo que haces!

INÉS: Sí estoy, señor.

**Vanse don PEDRO y LEONOR**

BEATRIZ: Oye, Inés;  
pues mi padre se recoge  
tan presto, haz al punto que  
salgan de ahí aquestos hombres

sin que lo llegue a entender  
Leonor.

INÉS:                   No lo entenderá.  
Mas dime cómo ha de ser,  
que mi señor no bajó  
con don Juan por ser cortés  
tanto como por cerrar  
las puertas.

BEATRIZ:               Procura hacer  
que salgan como pudieren.

**Vase BEATRIZ**

INÉS:               Ya por donde salgan sé.  
--Mis aprensados señores,  
bien desdoblaros podéis.  
ALONSO:            ¡Vive Dios, que si no fuera,  
pícaro, por no sé qué,  
que te matara!

MOSCATEL:           No pude  
más, si los vidrios quebré,  
que eran vidrios, en efecto.

INÉS:               Venid conmigo.

ALONSO:                ¡Ay, Inés!  
Si fuera por ti el secreto,  
fuera empleado más bien.

MOSCATEL:           No fuera sino es más mal.

ALONSO:            ¿Qué ahora de temor estás?  
Vamos.

**A INÉS**

Mas, por no perder  
ocasión, toma un abrazo.

MOSCATEL: (Cordero en brazos de Inés,     **Aparte**  
el hombre le vio mil veces,  
pero sola aquesta vez  
es el abrazado el hombre  
y el cordero el que lo ve.

INÉS:               Salgamos presto de aquí.

ALONSO:            ¿Quién dice que no?

INÉS:                Que aunque  
mi señor cerró las puertas,  
bien salir los dos podréis;  
arrojaos sin que os sientan  
por este balcón. Ea, pues.

ALONSO:            ¿Eso tenemos ahora,  
Inés? ¿Balconear, después  
de una alacena?

INÉS:                Esto es fuerza.

MOSCATEL:           Y digas, la tal Inés,  
¿es muy alto?

INÉS:                Del segundo  
cuarto no más; no aguardéis.

ALONSO:            ¿Mas que me quiebro una pierna?

Hombres que enamoráis, ved;  
si estos lances en quien ama  
se dejan aborrecer,  
en quien no ama, ¿qué será?  
¡Mal haya quien quiere bien!

Vanse

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

# ACTO TERCERO

---

Salen INÉS y BEATRIZ

INÉS:           Porque del balcón habiendo  
los dos Luzbeles caído...

BEATRIZ:       ¡Ay, Dios! ¿Cómo, Inés, ha sido?

INÉS:           ...llegaron con mucho estruendo  
unos hombres, pretendiendo  
conocerlos, y después  
repararon (tanta es  
de amo y mozo la destreza)  
el uno con la cabeza  
lo que el otro con los pies.

BEATRIZ:       ¿Qué dices?

INÉS:           Lo que ha pasado.

BEATRIZ:       ¿Quién, Inés, te lo contó?

INÉS:           Cuanto he referido yo  
relación es de un criado  
del galán de pie quebrado,  
como copla, que por ti  
saltó del balcón.

BEATRIZ:       Y di:  
¿quién le vulneró?... le ha herido,  
digo.

INÉS:           Eso no se ha sabido.

BEATRIZ:       ¿Doliente en fin yace?

INÉS:           Sí;  
pierna y cabeza llevó  
quebradas, aunque ya está  
mucho mejor.

BEATRIZ:       ¿Quedaré  
claudicante?

INÉS:           ¿Qué sé yo  
que es claudicante? ¡Que no

has de perder vicio tal!  
BEATRIZ: ¿Hay demencia? ¿Hay tosca igual?  
Di, ¿el claudicante no es  
hombre de alternados pies  
que se ambula desigual?

INÉS: No sé lo que es ni que no;  
sólo sé, de temor llena,  
que ha estado herido.

BEATRIZ: (Su pena, **Aparte**  
¡ay de mí!, padezco yo.  
¿Qué pócima que bebió  
--¿Qué delirio! ¿Qué ardimiento!  
¡Qué ultraje! ¿Qué tormento!--  
el alma por el oído  
que la concibe un sentido,  
y la aborta un sentimiento?  
¿Qué es lo que pasa por mí?  
Pero si yo de mí sé,  
yo misma me lo diré.  
Conjurado contra mí  
al dios de los necios vi,  
por ver cuánto baldonaba  
su deidad; y cuando estaba  
más fiera en la ofensa mía,  
ya los efectos sentía  
de las causas que ignoraba.  
Un hombre en mi cuarto entró  
de mis ansias informado,  
resuelto y determinado.  
Acción fue que me obligó  
al compás que me ofendió,  
pues si ofensa el amor piensa,  
la acción ser en mi defensa  
la construye obligación.  
Luego compatibles son  
la obligación y la ofensa.  
Vino mi padre, y aquí  
trágica mi historia fuera  
si cortés no obedeciera  
los preceptos que le di.  
Por mí escondido, y por mí  
precipitado y caído,  
quedó de otra mano herido;  
pues si iguales llego a ver  
que sentir y agradecer,  
¿cuál será lo preferido?  
Es decir que su mal siento  
ilícito a mi valor  
y lícito no a mi amor  
faltarme agradecimiento;  
sentir por mi parte intento  
que a mí se pueda atrever;  
por la suya, que a tener  
llegue por mí tal pesar;  
y temo acabar de amar  
donde empiezo a agradecer).

INÉS: ¿Qué pena es ésta, señora?

¿Qué tienes, que triste estás?  
 BEATRIZ: ¿Qué quieres que tenga más?  
 INÉS: No le gastes a la aurora  
 las blancas perlas agora  
 que has de echar menos después.  
 BEATRIZ: ¡Ay, Inés mía! ¡Ay, Inés!  
 Si tú guardarme quisieras  
 un secreto, tú supieras  
 mi tormento.  
 INÉS: Dile pues;  
 que aunque siempre en mi lugar  
 San Secreto esclarecido  
 día de trabajo ha sido,  
 le quiero canonizar  
 y hacer fiesta de guardar.  
 BEATRIZ: Pues si eso ha de ser así,  
 yo he de fiarme de ti.  
 A este galán caballero  
 agradecer, Inés, quiero  
 lo que ha pasado por mí.  
 Pero no quisiera que él  
 sepa que lo siento yo,  
 porque ser piadosa, no  
 es dejar de ser crüel.  
 A mi obligación fiel,  
 y fiel a mi honor, que intente  
 saber de él mi fe consiente,  
 no por él, sino por mí.  
 INÉS: Claro está que será así.  
 (¡Ay, señores, que ya siente!) **Aparte**  
 BEATRIZ: Quisiera que te llegaras,  
 como que de ti salía  
 a visitarle, Inés mía,  
 y de su mal te informaras.  
 INÉS: ¿Y qué más?  
 BEATRIZ: Que le llevaras  
 una banda, y le dijeras  
 que tú la ladrona eras  
 del favor.  
 INÉS: Está muy bien;  
 y haré este papel tan bien  
 como tú misma lo hicieras.  
 Dame la banda, y verás  
 cuál mi chinelita anda.  
 BEATRIZ: Yo voy, Inés, por la banda;  
 pero mira que jamás  
 nada a Leonor le dirás.  
 INÉS: Nada le diré a Leonor.

**Vase BEATRIZ y sale LEONOR**

¡Victoria por el Amor!  
 LEONOR: ¿De qué es el contento, Inés?  
 INÉS: Yo te lo diré después,  
 aunque primero es mejor,  
 que reviento, te prometo,

porque en Dios y mi conciencia  
que hizo vuestra diligencia  
en Beatriz un grande efeto.

LEONOR: ¿Qué fue?

INÉS: Encargóme un secreto,  
y fue haberme encomendado  
que le cuente de contado;  
claro es, pues cuando no fuera  
por decirlo, lo dijera  
por habérmelo encargado.

De Beatriz la fantasía  
ya don Alonso rindió;  
en tal lenguaje le habló  
que, a pesar de su porfía,  
conmigo una banda envía;  
en fin, en fin, ha de ser  
mujer cualquiera mujer.  
Por la banda quiero ir,  
y, pues te lo he de decir  
yo, tú no lo has de saber.

**Vase INÉS**

LEONOR: Digo que no lo sabré.

**Sale don JUAN**

JUAN: Pues ya yo lo tengo oído;  
..... [--ido]  
..... [--é].  
..... [--é]  
ahora veo que en amor  
número hay, pues en rigor,  
por no dejarte infeliz  
crece un afecto en Beatriz  
cuando ha faltado en Leonor.

LEONOR: Pues, ¿en mí ha faltado?

JUAN: Sí,  
en ti, Leonor, ha faltado;  
que aunque he sufrido y callado  
mis desdichas hasta aquí,  
fue porque pensé hoy de ti  
que averiguarlas pudiera  
sin que a ti te lo dijera;  
mas siendo fuerza sentir las,  
no muera yo sin decirlas,  
ya que sin vengarlas muera.

Don Alonso por tu gusto  
a hablar a Beatriz entró;  
ni arguyo ni pruebo yo  
si fue justo o no fue justo.  
Por excusar su disgusto  
a costa de su opinión  
se arrojó por un balcón;  
y ya que en la calle estaba



a esperar en qué paraba  
su empeño, fue en ocasión  
el bajar, que habían entrado  
dos hombres en ella, y yo  
me desvié, porque no  
les diese el verme cuidado.  
Estando, pues, apartado,  
las cuchilladas oí,  
y a ellas al punto acudí;  
y por presto que llegué,  
ya los dos hombres no hallé  
y herido a mi amigo vi.

Mira si de mis recelos  
puede haber causa mayor,  
pues en su fingido amor  
vi mis verdaderos celos.  
..... [-elos]  
Quien acuchilla (¡Ay de mí,  
Leonor!) en tu calle así  
a quien sale de tu casa,  
bien dice que en ella pasa  
mi agravio. Por ti y por mí  
disimular he querido,  
como he dicho, hasta llegar  
(¡ay Leonor!) a averiguar  
quién ese galán ha sido;  
y viendo que no he podido  
y que son intentos vanos  
porque mis celos villanos  
no murmuren en mi mengua,  
quiero que diga la lengua  
lo que no han hecho las manos.

¡Quédate, ingrata, que no,  
pues que ya me he declarado,  
me has de ver desengañado  
en tu vida!

LEONOR: Pero yo,  
¿no tengo una hermana?

JUAN: No;  
que si tú hermana tuvieras  
de quien amores supieras,  
no culparla procuraras  
..... [--aras]  
ni de burlas ni de veras;  
y supuesto que has querido  
fingirla un galán, infiero  
que a tenerle verdadero  
no se le dieras fingido.

LEONOR: ¡Plegue al cielo...!

JUAN: No te pido  
satisfacciones, Leonor.

LEONOR: Ni éstas lo son, que es error  
cuando nunca te he ofendido.

JUAN: Pues que tú la causa has sido,  
deja que muera mi amor.

**Vanse. Salen don ALONSO y MOSCATEL**

MOSCATEL: Señor, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?  
 ¿En qué piensas? ¿En qué tratas?  
 ¿En qué discurre? ¿En qué  
 imaginas? ¿En qué andas?  
 ¿Tú melancólico? ¿Tú  
 divertido? ¿Qué mudanza  
 es aquésta: ¿Tan válida  
 ha sido una cuchillada?  
 ¿Tanto poder ha tenido  
 tu herida, tanta privanza  
 un balcón, que han acabado  
 contigo no hablar de chanza?

ALONSO: ¡Ay de mí!, que no sé, no,  
 qué es lo que siento en el alma,  
 que es bien y parece mal,  
 que es gusto y parece ansia,  
 que es gloria y parece pena;  
 dicha, y parece desgracia,  
 contento, y parece agravio;  
 lisonja, y parece rabia;  
 porque es un loco accidente  
 que a un tiempo da vida y mata,  
 como veneno compuesto  
 de calidades contrarias.

MOSCATEL: ¡Hemos hecho buena hacienda!

ALONSO: ¿De qué te ríes?

MOSCATEL: No es nada.

ALONSO: ¡Ay de mí!

MOSCATEL: ¡Otra vez!

ALONSO: ¿De qué es,  
 Moscatel, la carcajada?

MOSCATEL: Del suspiro, "ay de mí."

ALONSO: ¿Por qué?

MOSCATEL: Porque, señor mío, engañan  
 los señores: "ay de mí" es,  
 amor te cogió en su trampa.

ALONSO: Sin duda que estás borracho.  
 ¿Yo amor?

MOSCATEL: Tú amor.

ALONSO: Pues, ¿qué hallas  
 en mí, para imaginar  
 cosa de mí tan contraria?

MOSCATEL: Unas cosas que se dicen,  
 y otras cosas que se callan.

ALONSO: ¿Yo enamorado? ¿De quién,  
 si yo no he visto a otra dama  
 sino a Beatriz?

MOSCATEL: De Beatriz.

ALONSO: ¿Yo, de un Ovidio con sayas?  
 ¿Yo, de un Virgilio con ropa,  
 y un Cicerón con enaguas?

MOSCATEL: ¡Tú, señor! ¿No me dijiste  
 que no era tan afectada  
 como don Juan te había dicho?

ALONSO: Es verdad.

MOSCATEL:                   ¿Tú no la alabas  
de hermosa?

ALONSO:                    Sí.

MOSCATEL:                Tú no sientes  
que hombres en su calle haya  
que acuchillen?

ALONSO:                    No lo niego,  
pero tal tengo la causa.

MOSCATEL: Luego son celos.

ALONSO:                    No son;  
que no se me diera nada  
que hubiera hombres, como dieran  
celos y no cuchilladas;  
fuera de que, si yo fui  
a verla, fue por burlarla,  
de don Juan apadrinado,  
y fuera historia muy mala  
haberme llevado a ser  
el burlado yo.

MOSCATEL:                En la plaza  
un toricantano un día  
entró a dar una lanzada,  
de un su amigo apadrinado;  
y airoso terció la capa,  
galán se quitó el sombrero,  
y osado tomó la lanza  
viento pasos del toril.  
Salió un toro, y cara a cara  
hacia el caballo se vino,  
aunque pareció anca a anca,  
porque el caballo y el toro,  
murmurando a las espaldas,  
se echaron dos melecinas  
con el cuerno y con el asta.  
Cayó el caballero encima  
del toro, sacó la espada  
el tal padrino, y por dar  
al toro una cuchillada,  
a su ahijado se la dio;  
y siendo de buena marca,  
levantóse el caballero  
preguntado en voces altas:  
"¿Saben ustedes a quién  
este hidalgo apadrinaba?  
¿A mí, o al toro?" Y ninguno  
le supo decir palabra.  
Aplicáte: apadrinado  
de don Juan, fuiste a la casa  
de Beatriz, la suerte erraste,  
y nadie a saber alcanza  
si era don Juan tu padrino,  
o de Beatriz.

ALONSO:                    ¡Calla, calla!  
¡Qué mal aplicado cuento!

MOSCATEL: Bien o mal, doy a Dios gracias  
de que ya no reñirás  
mi amor, pues que ya en la danza

entras también.  
ALONSO Si es así,  
dime ya de aquesa dama  
qué es el nombre, enamorado.  
¿De qué servicio es guardarla?  
MOSCATEL: Eso no, que no se pierde  
tan presto una mala maña.

**Llama INÉS dentro**

ALONSO: Mira quién llama a esa puerta.  
MOSCATEL: ¿Quién es?

**Sale INÉS**

INÉS: ¿Está tu amo en casa,  
Moscatel?  
MOSCATEL: (¡Cielos! ¿Qué miro? **Aparte**  
Inés es ésta). ¡Ay, ingrata!  
¡Viven los cielos, que vienes  
a verle!  
INÉS: Pues, ¿qué pensabas?  
(Quiero decir que es verdad, **Aparte**  
porque lo que más me agrada  
es dar celos de poquito).  
Porque le importa a mi fama  
que don Alonso conozca  
que sé cumplir mi palabra.  
MOSCATEL: ¡Bien honrado pundonor!  
INÉS: Quita.  
MOSCATEL: No has de entrar.  
INÉS: Aparta.  
ALONSO: ¿Quién habla contigo?  
MOSCATEL: Nadie.  
INÉS: Miente, que alguien es quien habla.  
ALONSO: Y muy alguien. Inés mía,  
una y mil veces me abraza.  
INÉS: Mil veces te abrazo y una,  
por pagarte en otras tantas.

**Pellízquela MOSCATEL**

¡Ay!  
ALONSO: ¿Qué es eso?  
INÉS: Diome un golpe  
la guarnición de tu daga.  
ALONSO: No dudo que tu venida  
sea a darme vida y alma,  
que aunque tú con Moscatel  
me respondiste enojada,  
en fin sabes que te quiero,  
y no has de ser siempre ingrata.  
INÉS: Nunca lo fui yo contigo,  
que a la primera palabra

dije que a verte vendría.  
ALONSO: ¡Pícaro! Pues ¿tú me engañas?  
MOSCATEL: ¿Yo, señor?  
ALONSO: ¡Viven los cielos  
que he de matarte a patadas!  
MOSCATEL: (Cumplióse el refrán; mas no, **Aparte**  
que hacerme bailar les falta).  
INÉS: En sabiendo a lo que vengo,  
Moscatel se desengaña.  
Duren los celos un poco.  
MOSCATEL: ¡Voto a Dios! De una picaña...  
INÉS: Pícaro, hablad con respeto;  
mirad que soy vuestra ama.

#### A don ALONSO

A solas quisiera hablarte.  
MOSCATEL: ¿A solas?  
ALONSO: Salte allá, y guarda  
esa puerta.  
MOSCATEL: (¿Yo la puerta? **Aparte**  
¡Viven los cielos!)  
ALONSO: ¿Qué hablas?  
MOSCATEL: Que soy leal, y no tengo  
de consentir tal infamia,  
que por una picarona  
exceso ninguno hagas  
y se aventure la vida.  
ALONSO: ¿De cuándo acá tanto guardas  
mi salud? Sale allá fuera.  
MOSCATEL: No me saldré, si me matas,  
que esto conviene a tu vida.  
ALONSO: Nunca te he visto con tanta  
lealtad.  
MOSCATEL: Guardéla otras veces  
para esta ocasión.  
ALONSO: Ya basta.

#### Échale a empellones

Ya estás sola; vuelve, Inés,  
a abrazarme.  
INÉS: Aunque culpada  
me has hecho en venir a verte,  
por la opinión de mi ama  
ha sido, no porque vengo,  
como dije, por tu causa.  
ALONSO: No sé qué quieras decirme.  
INÉS: Dirélo en breves palabras.  
Beatriz, habiendo sabido  
cómo hubo unas cuchilladas  
de donde herido saliste  
a las puertas de su casa,  
de tu herida condolida,  
de tu término obligada

y de tu salud dudosa,  
te envía toda esta banda.  
Favor es suyo, aunque ella  
me mandó que no llegaras  
a saber que ella la envía.  
Con esto, adiós.

ALONSO: Oye, aguarda.

¿Beatriz se acuerda de mí?  
¿Beatriz siente mis desgracias?  
¿Beatriz me envía favores?  
Novedad se me hace extraña.

INÉS: A mí no, porque en sabiendo  
que era tu voluntad falsa,  
supe que sería dichosa;  
que por no acertar en nada,  
más con nosotras merece  
quien finge, que no quien ama.

#### Sale MOSCATEL

MOSCATEL: (¡Qué mal descansa un celoso! **Aparte**  
¡Qué mal un triste descansa!  
Mis penas veré, que menos  
es verlas que imaginarlas).

ALONSO: Inés bella, pues Beatriz  
hoy de extremo a extremo pasa,  
paso yo de extremo a extremo;  
que aunque fineza no haga  
de enamorado, de noble  
la he de hacer. Aquí aguarda  
a que el escriba un papel.

MOSCATEL: (Él se entra en esotra cuadra; **Aparte**  
descanse mi corazón).  
Tigre fregatriz de Hircania  
vil cocodrilo de Egipto,  
sierpe vil, león de Albania,  
¿tendrá mi lengua razones,  
tendrán mis labios palabras  
para quejarse deti?

INÉS: No.

MOSCATEL: Pues si voces me faltan,  
tengan mis manos licencia  
de darte de bofetadas  
siquiera.

INÉS: No quiera hacer  
tu mano tal, que ya bastan  
las burlas, que todo ha sido  
por sólo tomar venganza  
de que dudases de mí  
que soy casta.

MOSCATEL: ¿Qué haces casta?  
Creeré primero traidora.

INÉS: No vine a ver...

MOSCATEL: Tú me engañas.

INÉS: ...a tu amo.  
MOSCATEL: Pues, ¿por qué?  
INÉS: A traerle...  
MOSCATEL: ¿Qué?  
INÉS: ...una banda.  
MOSCATEL: ¿Cúya?  
INÉS: De Beatriz, que ya  
un poco más claro habla.  
MOSCATEL: ¿Y el abrazo?  
INÉS: Fruta fue  
de palacio; eso no agravía,  
que si él abrazó el cuerpo,  
el alma tú.  
MOSCATEL: Inés ingrata,  
si le das el cuerpo al otro,  
¡dale a Barrabás el alma!  
INÉS: Picón fue.  
MOSCATEL: Pues los picones,  
si juegan, muden baraja  
o truequen la suerte. Dame  
los brazos.  
INÉS: De buena gana.

**Sale don ALONSO**

ALONSO: ¿Qué es esto?  
INÉS: ¿Esto? Abrazar,  
en mi tierra.  
MOSCATEL: Ha sido tanta  
la alegría de haber visto  
que ya esa fiera se ablanda  
--La curiosidad perdona,  
si he escuchado cuanto hablas--,  
que le di a Inés este abrazo  
en albricias de la banda.  
ALONSO: Toma, Inés, este papel  
que le has de dar a tu ama,  
y para ti este diamante.  
INÉS: ¡Vivas edades más largas  
que...! Claro está que es el fénix  
suegra mentira de Arabia.

**Vase INÉS**

MOSCATEL: ¿Diamante la diste?  
ALONSO: Sí.  
MOSCATEL: ¿Y de balde?  
ALONSO: ¡Qué ignorancia!  
MOSCATEL: Mil me lleven diablos hoy  
heréticos, si no amas  
a Beatriz.  
ALONSO: ¿En qué los ves?  
MOSCATEL: En que das sin esperanza.  
No está en uso, ni está en rueca.  
ALONSO: Quien agradece no ama,

y yo estoy agradecido,  
no enamorado.

MOSCATEL:                   Esto basta,  
que en el infierno de amor,  
dicen que tiene más almas  
la virtud, de agradecidas,  
que no los vicios, de ingratas.  
Y así, hagamos, señor, cuentas,  
que no he de quedar en casa.

ALONSO:           ¿Por qué, Moscatel?

MOSCATEL:                 Porque  
amo no quiero que ama,  
y que no me acuda a mí  
por acudir a su dama.

ALONSO:           Bien el haberte sufrido  
tantas locuras me pagas.

MOSCATEL:        Esto ha de ser.

#### **Sale don JUAN**

JUAN:                        ¿Qué ha de ser?

ALONSO:           Irse quiere de mi casa.

JUAN:                ¿Por qué, Moscatel?

MOSCATEL:                 Porque  
ha hecho la mayor infamia,  
la mayor ruindad, mayor  
bajeza, mayor...

JUAN:                        ¡Acaba!

¿Qué ha sido?

MOSCATEL:                 ¡Hase enamorado!

Mira se tengo harta causa.

ALONSO:           En esta locura ha dado  
por haber visto con cuánta  
fineza sirvo a Beatriz  
por vuestro amor.

JUAN:                        A Amor gracias...

ALONSO:           ¿Cómo?

JUAN:                ...que ya de ese empeño  
libre estáis, como se acaba  
hoy mi amor.

ALONSO:           Pues, ¿y Leonor?

JUAN:                Leonor de mi pecho falta,  
que como Amor es Fortuna,  
sujeto vive a mudanzas.  
¿Vuestra amada, don Alonso?

ALONSO:           Yo no he ni de hablarla  
ni de verla en mi vida.  
Pues, ¿volveré yo a su casa  
y a su calle a hablarla y verla,  
por la tarde y la mañana,  
siendo yo el descalabrado,  
y vos, la cabeza sana,  
no lo haréis?

JUAN:                        No, porque herida  
más penetrante y tirana  
son mis celos, porque son



mortal herida del alma.

ALONSO: Pues troquemos las heridas,  
que yo primero tomara,  
sea mortal o venial,  
tener hoy descalabrada  
el alma que la cabeza,  
y esto bien claro se saca  
del efecto, pues si curan  
en falso una herida, mata,  
y a los celosos da vida  
cualquier cura, aunque sea falsa.

JUAN: En fin, don Alonso, sea  
con poca o con mucha causa,  
no he de volver a ponerlos  
en la confusión pasada.

ALONSO: Ni por mí habéis de dejarlo,  
que a mí no se me da nada.

JUAN: Por mí lo dejo, y por vos,  
porque vuestra herida basta.

ALONSO: De una herida no escarmientan  
caballos de buena casta.

JUAN: ¿Yo me volveré a llegar  
allá? ¡Suerte excusada!

ALONSO: Pues cuando por vos no sea,  
por ver si a saber se alcanza  
quién me ha herido, he de volver.

JUAN: Cuando importe a vuestra fama  
desde acá fuera podremos  
hacer diligencias varias.

ALONSO: Yo más pretendo, don Juan,  
buena opinión con las damas  
que con los hombres, y no  
es bien que mujer tan vana  
como Beatriz, de mí piense...

JUAN: Yo sabré desengañarla  
de todo.

ALONSO: Don Juan, don Juan,  
hablemos verdades claras;  
yo he de ir a ver a Beatriz.

MOSCATEL: ¡Hablará para mañana!  
¡Y dirá que miento yo!

JUAN: Si eso os importa, ¿qué os falta?  
Id vos muy en hora buena.

ALONSO: ¿Cómo, sin que las espaldas  
me guardéis vos y Leonor?

JUAN: Yo no he de volver a hablarla.

ALONSO: Esto habéis de hacer por mí;  
que no es cosa tan extraña,  
por hacer tercio a un amigo,  
volver a hablar a una dama.

JUAN: Por vos, don Alonso, haré  
lo que en mi vida pensaba.

MOSCATEL: ¿Qué os andáis haciendo puntas,  
nobles de capa y espada,  
si ambos deseáis ir a verlas?  
Y no hay cosa más usada  
que ser amancebamientos

en los estrados y salas,  
ad perpetuam rei memoriam  
litigados, y se hallan  
contra los celos fiscales  
dos amigos y dos damas,  
porque cuando el uno riñe,  
el otro las paces trata.

JUAN: Ahora bien, por vos iré;  
mas mirad, antes que vaya,  
que hay alacena.

ALONSO: ¿Qué importa?

MOSCATEL: Que hay balconazo.

ALONSO: ¡Que haya!

MOSCATEL: Que hay cuchillada.

ALONSO: Eso no;  
fuera de que si amor traza  
que por sola una mentira  
me sucedan cosas tantas,  
vengan ya, por ser verdades,  
alacena y cuchilladas.

**Vanse. Salen don DIEGO y don LUIS**

DIEGO: Ya sabréis la voluntad  
con que siempre os he servido.

LUIS: Conozco vuestra amistad,  
y sé, don Diego, que ha sido  
con fineza y con verdad.

DIEGO: Pues no me tengáis a exceso  
una reprensión.

LUIS: No haré.

DIEGO: Aquel pasado suceso...

LUIS: Queréisme decir que fue  
locura, ya lo confieso;  
porque haber a un hombre herido  
que conmigo no ha tenido  
lances de competidor  
no trae disculpa mejor,  
Diego, que no haberla habido.

Fuerza es remediarlo, pues  
quien lleva ya en sus recelos  
..... [--és]  
perdido el miedo a los celos,  
no se le tendrá después.

DIEGO: Y ahora, ¿qué habéis de hacer  
de lo que ya se trató?  
Pues es cierto que a saber  
vuestros intento llegó  
don Pedro.

LUIS: ¿Qué hay que temer?

Deshácese un casamiento,  
siendo santo sacramento,  
después que se efectüó,  
¿y no lo desharé yo  
sin efectüarle?

**Sale don PEDRO**

PEDRO: (Atento **Aparte**  
a este hielo que me abrasa,  
a esto, que me hiela, ardor,  
a lo que en mi agravio pasa,  
y al respeto de mi honor,  
salgo tan tarde de mi casa.  
A don Luis pretendo hablar,  
que mejor es acabar  
de una vez con mi recelo,  
que no esperar que un mozuelo  
que es fábula del lugar  
se me atreva. Él viene aquí.  
¡Cuánto de verle me alegro  
galán y noble! Éste sí.  
DIEGO: Vuestro suegro viene allí.  
LUIS: Pues huyamos de mi suegro.  
PEDRO: ¡Señor don Luis! Informado  
de deudos vuestros he estado  
de que honrar habéis querido  
mi casa, y agradecido  
como es justo, os he buscado  
para mostrar cuánto estoy  
ufano de merecer...  
LUIS: Señor don Pedro, yo soy  
el que las dichas de ayer  
tiene por disculpas hoy.  
Confieso que me atreví  
a tanto empeño, y que fui  
venturoso en tanto empeño,  
pues ser de estas honras dueño  
por lo menos merecí.  
Pero soy tan desdichado,  
aun con las dichas, señor,  
que para tomar estado,  
un nuevo empeño de honor  
lo ha deshecho y lo ha estorbado.  
PEDRO: ¿De honor empeño (¡ay de mí!)  
os retira de esto?  
LUIS: Sí.  
PEDRO: Pues ¿cómo? ¿En qué (¡estoy mortal!)  
puede a Beatriz estar mal?  
LUIS: Que no lo entendáis así,  
que de vuestro enojo ha sido  
el honor mal entendido.  
Vos de mis disculpas no...  
PEDRO: ¿De qué suerte?  
LUIS: Porque yo,  
señor, habiendo sabido  
que su majestad --que el cielo  
guarde por sol de esta esfera,  
por planeta de este suelo--,  
con su católico celo  
sale aquesta primavera,  
y sabiendo cómo hacía

gente un señor de quien fui  
deudo, por ventura mía,  
que me honrase le pedí  
con alguna compañía.

Hámela dado. Éste ha sido  
el empeño que he tenido  
para no tomar estado,  
que el que es marido y soldado,  
no es soldado o no es marido.

Si yo volviese, señor,  
entonces con más valor  
me podéis hacer feliz,  
porque hoy casar con Beatriz  
no le está bien a mi honor.

**Vanse don DIEGO y don LUIS**

PEDRO: "Porque hoy casar con Beatriz..."  
¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido  
lo que he visto, lo que he oído?  
Poco siento, ¡ay infeliz!  
No me deja mi sentido...  
Pero afligirme es error;  
si en aquel caso consiste  
su honor, miente mi temor,  
que en fin, cuanto piensa un triste  
siempre ha de ser lo peor.

**Vase. Salen BEATRIZ e INÉS**

BEATRIZ: Inés, ¿cómo el papel tomaste?  
INÉS: Como  
todo cuanto me dan, señora, tomo.  
BEATRIZ: Sin duda le dirías  
que de mi parte ibas.  
INÉS: Desconfías  
de mí sin causa, porque yo he callado  
que era tuya la banda, y el recado  
callé por tu respeto,  
como suelo callar cualquier secreto.  
BEATRIZ: Pues, Inés, ¿a qué efeto,  
si es así, me has traído  
papel?  
INÉS: (¡Vive el Señor, que me ha cogido!  
**Aparte**  
Mas yo me soltaré). Que le trajera,  
me dijo, y que si acaso hallar pudiera  
ocasión, te le diese.  
Yo lo tomé porque de mí creyese  
cuán de su parte estaba;  
que, puesto que una banda le llevaba  
hurtada, que era tuya, bien creería  
que un papel, que es más fácil, te traería.

BEATRIZ: Esta satisfacción algo me agrada.  
INÉS: (Aqueso es dar satisfacción honrada).  
Leonor, señora, viene.

**Sale LEONOR**

BEATRIZ: Pues, que el papel me vea, no conviene.

**Vase BEATRIZ**

LEONOR: Bien pudiera yo agora  
decir con mayor causa --¿quién lo ignora?--  
¿qué idioma fue misivo el que en lineado  
papel ocultas en tu manga ajado?

BEATRIZ: Y yo también pudiera  
decir que en vano preguntarlo fuera,  
pues quien saber no quiere  
lo que quiero decir, saber no espere  
lo que callarle quiero.

LEONOR: ¡Inés, Inés!

INÉS: ¿Pues no por hablar muero?

LEONOR: Inés, oyes, ¿qué ha sido  
este papel?

INÉS: ¡Qué poco te he debido!  
¿No aguardaras siquiera  
a que sin preguntar te lo dijera?  
Que se me hace conciencia, te prometo,  
la pregunta llevar, pero ¡un secreto!

**Al paño BEATRIZ**

BEATRIZ: Mal segura, escuchar desde aquí quiero  
qué hablan las dos.

INÉS: Fui a verle, y lo primero  
le dije que Beatriz me lo mandaba.

LEONOR: Bien hiciste.

BEATRIZ: Yo mal, pues me fiaba  
de criada. ¡Ay, Leonor, que en ellas anda!

INÉS: Lo segundo, en su hombre di la banda.

BEATRIZ: ¡Ay, infeliz! ¿Qué he oído?

LEONOR: En esa cuadra hay ruido.

INÉS: Don Juan es el que ha entrado.

LEONOR: Pues, ¿cómo, si de aquí se fue enojado,  
diciendo que en su vida no me había  
de ver?

INÉS: ¡Que estés tan nueva todavía  
que no sepas que cuando está un amante  
diciendo más furioso y arrogante  
"No he de volver a verte, ingrata bella"  
es cuando muere por volver a ella!

BEATRIZ: Ya que a escuchar mis penas he empezado,  
acabe de escucharlas mi cuidado.

**Salen don JUAN, don ALONSO y MOSCATEL**

JUAN: Pensarás que me han traído  
a verte, Leonor, y hablarte  
mis celos, porque los celos  
--perdona el civil lenguaje--  
son ordinarios de amor,  
que así llevan como traen.  
Pues no, Leonor, no he venido  
para que me desengañes,  
porque el desaire de amor  
es hablar en el desaire.  
Con otra ocasión he vuelto  
a pisar estos umbrales,  
porque nunca les faltó  
ocasión a los pesares.  
Don Alonso, a quien tú hiciste  
de Beatriz fingido amante,  
desairado de tu casa  
salió con el primer lance,  
tanto, que porque no piensen  
de Beatriz las vanidades  
que el no volver aquí es  
de escarmentado y cobarde,  
me ha pedido que le traiga  
a verla. ¿Cómo negarle  
puedo yo lo mismo a él,  
que él no me negó a mí antes?

BEATRIZ: ¡En notable obligación  
estoy, cierto, a estos galanes!

JUAN: Él viene, Leonor, a esto;  
y porque en aquesta parte  
nunca piensen mis desdichas,  
nunca sospechen mis males,  
nunca imaginan mis penas  
que fue gana de buscarte,  
en la calle me estaré  
en tanto que a Beatriz hable  
y de este escrúpulo leve,  
y de esta malicia fácil  
desempeñe su opinión,  
su crédito desengañe.  
Don Alonso, entrad, y pues  
ya el sol, helado cadáver,  
agonizando entre sombras,  
en brazos de noche yace,  
hablad a Beatriz, y ved  
que aquí don Pedro no os halle.

LEONOR: Aguarda, don Juan, espera.

JUAN: ¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

LEONOR: Desengaños.

JUAN: Son en vano.

LEONOR: Disculpas.

JUAN: Serán en balde

**Vase don JUAN**

LEONOR: Tras él iré, don Alonso;  
luego vuelvo. Perdonadme,  
pues en cualquiera suceso,  
todo lo que es me era antes.

**Vase LEONOR**

ALONSO: ¿Mas que me voy sin hablar  
a Beatriz?

MOSCATTEL: ¿No dirás mas que  
nos vemos en otro aprieto  
al pasado semejante?

ALONSO: Inés, dime dónde está,  
para que entretanto le hable,  
Beatriz.

**Sale BEATRIZ**

BEATRIZ: Aquí está Beatriz,  
escuchando los ultrajes  
de una vil hermana, de un  
falso amigo, de un infame  
criado, una criada aleve,  
y de un cauteloso amante,  
porque entre Leonor, don Juan,  
Inés y Moscatel halle,  
si no consuelo a mis penas,  
disculpa a mis disparates.  
Y aunque pudiera de tantos  
agravios, tantos pesares,  
tantas ofensas y tantas  
bajezas vuestras quejarme,  
viendo que contra mí todos  
el falso motín firmasteis,  
porque en la corte del alma,  
donde en pacíficas paces  
reina el desdén, nunca tiene  
el amor comunidades,  
sólo en esta parte intento,  
sólo quiero en esta parte,  
como quejosa, ofenderme,  
como ofendida, quejarme,  
del mayor de mis agravios  
y no el menor de mis males;  
porque en las mujeres es  
el más sensible desaire  
que las ame la mentira  
y no la verdad las ame.  
¿Tan pocas las partes son  
de mi hacienda y de mi sangre?  
¿Tan pocas de mi persona  
--decirlo tengo--, las partes  
que hay, que si un hombre hubiera  
que atrevido me mirase,

fuese con fingido amor?  
¡Quiéreme a mí por burlarme,  
a mí por...!

ALONSO:                Beatriz hermosa,  
si de todos tus pesares  
sales tan airosa como  
de ése, que más sientes, sales,  
fácil es el desengaño.

BEATRIZ:            ¿Cómo el desengaño es fácil,  
cuando el quererme es por burla?

ALONSO:            Si atiendes, con escucharme:

    Tal vez por burla se atreve  
uno al mar, sin que presuma,  
viéndole jardín de espuma,  
viéndole selva de nieve,  
que hay peligro en él, y, en breve,  
selva y jardín son horror.  
Mar es amor en rigor;  
luego en placer y en pesar,  
si no hay burlas con el mar,  
no hay burlas con el amor.

    Tal vez, por burla o ensayo,  
polvorista artificial  
hace un rayo material,  
y forja contra sí el rayo,  
cuando con mortal desmayo  
muere a su violento ardor.  
Rayo es amor en rigor  
contra su artífice; luego,  
si no hay burlas con el fuego,  
no hay burlas con el amor.

    Tal vez desnuda un amigo  
la espada para esgrimir  
con otro, y le viene a herir  
como si fuera enemigo;  
su destreza es su castigo,  
y así, usar de ella es error.  
Espada amor en rigor  
es, luego; desenvainada,  
si no hay burlas con la espada,  
no hay burlas con el amor.

    Tal vez por burla, mirando  
doméstica y mansa ya  
una fiera, un hombre está  
con ella, Beatriz, jugando;  
cuando más la halaga blando,  
volver suele a su furor.  
Fiera es amor, en rigor,  
luego, si ya lisonjera,  
no hay burlas con una fiera,  
no hay burlas con el amor.

    Por burla al mar me entregué,  
por burla el rayo encendí,  
con blanca espada esgrimí,  
con brava fiera jugué;  
y así, en el mar me anegué,



del rayo sentí el ardor,  
de acero y fiera el furor;  
luego, si saben matar  
fiera, acero, rayo y mar,  
no hay burlas con el amor.

BEATRIZ: A ese argumento...

**Sale INÉS de prisa, alborotada, y LEONOR**

LEONOR: ¡Ay de mí!  
Huyendo salió a la calle  
don Juan, y cuando le daba  
voces, vi entrar a mi padre.  
Esconder me importa agora...

BEATRIZ: No, Leonor, porque ya es tarde;...

LEONOR: ...a don Alonso.

BEATRIZ: ...que hoy  
ha de saber cuanto pase  
mi padre, pues tus engaños  
se han de saber.

LEONOR: Cuando trates  
tú decirlo, yo sabré  
culparte a ti, y disculparme;  
y así, puesto que las dos  
corremos el riesgo iguales,  
iguales, Beatriz, busquemos  
el remedio.

BEATRIZ: Por mostrarte  
a proceder bien, lo haré,  
que es fuerza estar de tu parte.

MOSCATTEL: Alacena, como iglesia,  
pido.

ALONSO: Eso no haré, que es antes...

INÉS: Él entra ya.

BEATRIZ: Este aposento  
hoy de su vista te guarde.

MOSCATTEL: ¡Y a mí me guarde también!

ALONSO: (¡Qué pesados son los lances **Aparte**  
de amor hijo de familias!)

MOSCATTEL: Inés, avisa en la calle  
que ya estamos escondidos;  
que haya quien nos descalabre.

**Escóndense los dos, y sale don PEDRO**

PEDRO: ¿Tan tarde, y no han encendido?  
Haz tú que unas luces saquen.

INÉS: Ya las tengo prevenidas.

PEDRO: (¡En mi casa tal desaire! **Aparte**  
¡A mis ojos tal afrenta!  
Cielos piadosos, o dadme  
paciencia, o dadme la muerte.

BEATRIZ: Señor, ¿qué tienes?

LEONOR: ¿Qué traes?

PEDRO: Tengo honor, y traigo agravios...  
aunque miento en esta parte,  
puesto que yo no los traigo;  
ellos vienen a buscarme  
dentro de mi misma casa.

LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**

INÉS: (Todo se sabe). **Aparte**

BEATRIZ: Pues, señor, ¿no me dirás  
de qué estos extremos nacen?

PEDRO: De tus locuras, Beatriz;  
que ya es fuerza declararme,  
viendo que por ti se atreve  
hoy un mozuelo arrogante  
al honor de aquesta casa.

LEONOR: (Ya no hay cosa que no alcance). **Aparte**

BEATRIZ: ¿Yo, señor?

**MOSCATEL aparte al paño**

MOSCATEL: Malo va esto.

PEDRO: Sí, pues por ti don Luis hace  
desprecios de ella, y de mí.

BEATRIZ: (Convaleciendo va el lance). **Aparte**

LEONOR: (Eso bien, cobré mi aliento). **Aparte**

**Sale don JUAN**

JUAN: (Un caso bien puede errarse **Aparte**  
de una vez, pero de dos  
la una no le yerra nadie.  
No he de esperar a que cierren  
las puertas, y después baje  
por el balcón don Alonso.  
Remediarlo pienso antes).  
Señor don Pedro, si en vos  
hoy la amistad de mis padres,  
heredada obligación  
de mi casa y de mi sangre...)

LEONOR: (¿Qué es lo que intenta don Juan?)

BEATRIZ: (Muerta estoy hasta escucharle).

JUAN: ...os obliga en un aprieto  
a valerme y ampararme,  
de vuestra casa a las puertas  
me ha sucedido un desaire  
con tres hombres, y me importa  
no volver solo a buscarles.  
Muy bien sé que puedo a vos  
atreverme y declararme,  
porque sé que es vuestro pecho  
el Etna que dentro arde,  
aunque cubierto de nieve.

PEDRO: No paséis más adelante;  
que ya sé que es ley precisa  
de mi honor y de mi sangre  
en esta edad no dejar

a hombre que de mí se vale.  
Vamos.

JUAN:                   En fin, sois quien sois.  
(En llevando yo a tu padre,  
Leonor, echa a don Alonso).

**Habla ALONSO aparte al paño**

ALONSO:           (Éstos son los que matarme  
quisieron. No me está bien  
ir con ellos ni quedarme).

PEDRO:           Esperad, que ya es de noche,  
que de aquesa sala saque  
un broquel, prenda olvidada  
de mi mocedad.

JUAN:                   Sacadle  
presto.

BEATRIZ:           (¡Él se ha empeñado más  
**Aparte**

por donde pensó librarse!)

PEDRO:           ¿Quién esta aquí dentro?

ALONSO:   Un hombre.

**Salen don ALONSO y MOSCATEL**

MOSCATEL:        Dice bien, porque no es nadie  
el otro que está con él.

PEDRO:           Don Juan, pues que yo a ayudarte  
iba contra tu enemigo,  
obligación es más grande  
el ayudarme tú a mí,  
cuando es la causa más grave.  
Este hombre ofende mi honor  
y a mí me importa matarle.

ALONSO:          Don Juan, de tan grande empeño  
la obligación tuya sabes.  
Mi vida y las de estas damas  
es preciso que yo ampare.

**Riñen, y don JUAN en medio**

LEONOR:         ¡Ay de mí!

BEATRIZ:         ¡Infelice soy!

JUAN:            ¿Quién vio empeño semejante?

PEDRO:           ¿Te suspendes?

ALONSO:                                        ¿Ahora dudas?

PEDRO:           Mas soy bastante a vengarme  
sin ti.

JUAN:                                        Tente, don Alonso.

Tente, señor.

PEDRO:                                        Pues, ¿tú paces  
pones?

ALONSO:                                        Pues, ¿tú contra mí  
tan viles extremos haces?

### Hablan dentro

LUIS: Cuchilladas hay en casa  
de don Pedro.  
DIEGO: Más no aguardes;  
entremos, don Luis.

### Salen don LUIS y don DIEGO

LUIS: ¡Teneos!  
PEDRO: Gente viene.  
ALONSO: ¡Duro trance!  
LUIS: ¿Qué es esto?  
PEDRO: Esto es, don Luis  
satisfacer el ultraje  
que te oí, pues si no está  
bien a tu honor el casarte  
con Beatriz, al mío está bien  
satisfacer y vengarme.  
LUIS: Ahí verás que no sin causa  
traté yo de disculparme,  
que ya, por haber tenido  
algún empeño en la calle...  
ALONSO: Sin duda que tú me heriste.  
LUIS: Es verdad.  
ALONSO: Yo he de vengarme.  
JUAN: Pues quiere el cielo que así  
hoy mis celos desengañen,  
viva Leonor en mi pecho.

### A don PEDRO

Ya es forzoso que la guarde  
contra ti.  
PEDRO: Don Juan, don Juan,  
en aquesta casa nadie  
ha de defender mis hijas  
si no es con quien ellas casen.  
ALONSO: Esa palabra te tomo.  
JUAN: Pues el remedio es tan fácil  
yo soy de Leonor.  
ALONSO: Y yo  
de Beatriz.  
PEDRO: Fuerza es que calle;  
que, ya sucedido el daño,  
nada puede remediarse.  
MOSCATEL: En fin, el hombre más libre,  
de las burlas de amor sale  
herido, cojo y casado,  
que es el mayor de sus males.  
INÉS: En fin, la mujer más loca,  
más vana y más arrogante,  
de las burlas del amor,

contra gusto suyo, sale  
enamorada y casada,  
que es lo peor.

MOSCATEL: Inés, dame  
esa mano; si ha de ser  
no lo pensemos, y acaben  
burlas de amor, que son veras.

ALONSO: No se burle con él nadie,  
sino escarmentad en mí;  
todos del amor se guarden,  
y perdonad al poeta  
que humilde a esas plantas yace.

FIN DE LA COMEDIA

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**